CENIT

sociología
ciencia - literatura

Sumario

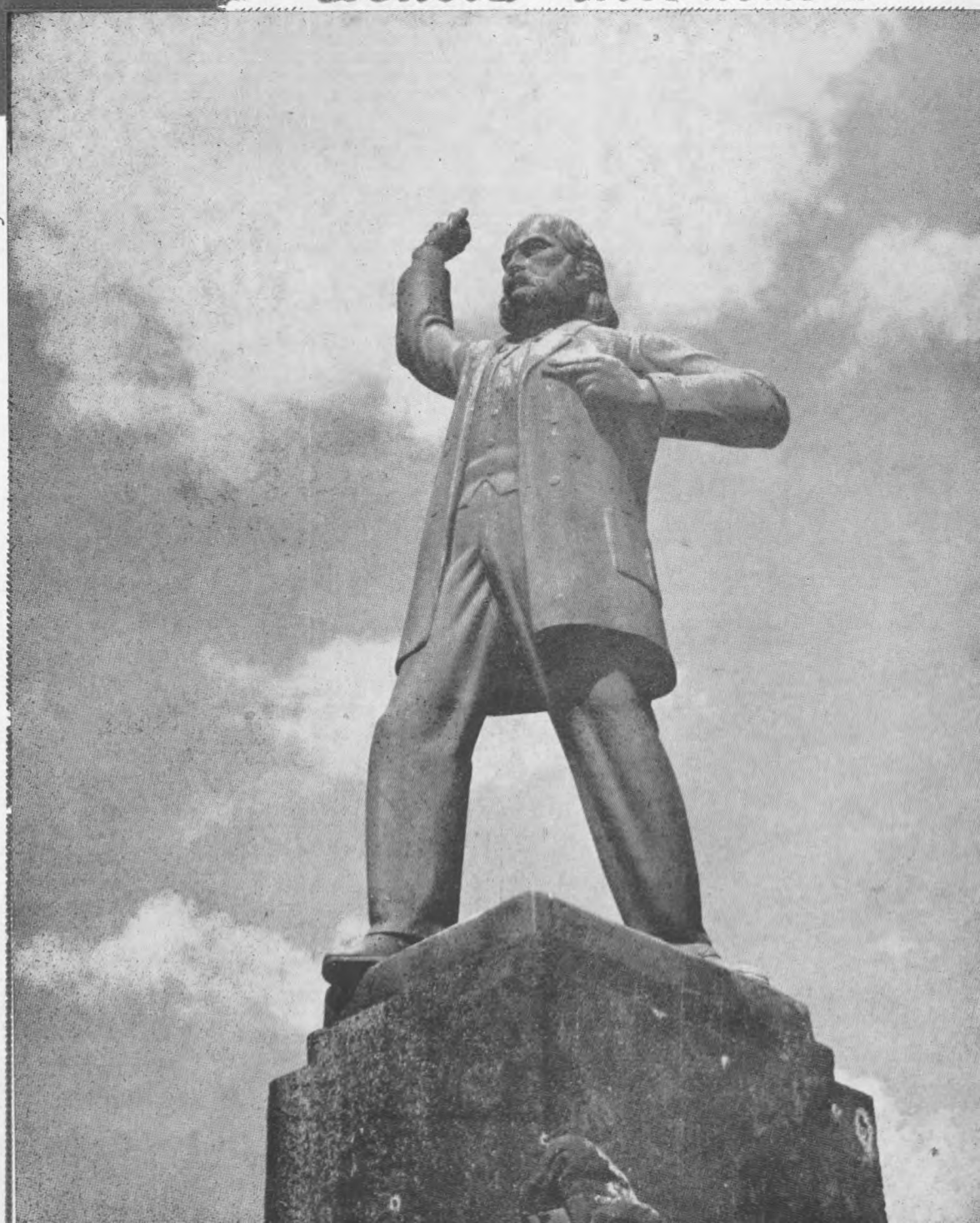
Editorial. — **Ramón Liarte:** El sindicalismo revolucionario ante su destino.—**Severino Campos:** La permanencia del pedestal opresor.—**Luis Bazal:** El romance de la viuda. — **Vicente Artés:** La Iglesia y la Revolución española. — **José Muñoz Congost:** Los de aquella generación. — **Campio Carpio:** Fuego humano de los Andes.—**S. Bassons:** Las imágenes del sudor. — **Eugen Relgis:** De mi calendario.—**V. Muñoz:** La vida y los libros. — **Floreal Ocaña:** De Unamuno a Benevente.—**Jaime Cuadrat:** El yanquismo, como ayer el nazismo, es un sentimiento de perversidad nacional.—**Abarrátegui:** Romance de mucha muerte. — **Angel Samblancat:** El chiclero.—**R. L.:** No envenenéis a la infancia.

165

Julio - Agosto 1965

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



NUESTRA PORTADA

DOMELA NIEUWENHUIS. Orador brillante. Verbo hecho sabiduría. Cerebro rebosante de lógica. Una vida consagrada a la lucha por la emancipación de la clase obrera de todos los países. Corazón capaz de sentir todos los dolores humanos y mentalidad abierta a las inquietudes del eterno vivir. Caballero del ideal sin mancha y sin tacha. Hombres así no nacen ni mueren todos los días.

Recordamos con emoción al orador enjundioso que supo predicar la verdad desde las más altas cimas de la elocuencia revolucionaria. Estilo claro como manantial cantando al pie de la roca; gesto viril como águila que mira hacia el sol sin quemarse los ojos; serenidad interior como perfecta encarnación del equilibrio personal, base del orden colectivo; tal es el significado moral y ético de nuestro ideario. El genio del anarquismo, anunciando un mundo nuevo que ha de llegar porque el hombre también se levanta todos los días... Y, con el hombre, la aurora de la libertad.

Nos hacen falta hombres como Malatesta, Cafiero, Tárrida del Mármol, Landauer, Salvochea, Lorenzo, Mella, Faure, Galleani, Gori, Luisa Michel, Multatuli, Voltairine de Clerre, Reclus, Kropotkin, Cornelissen, Malato, Prat, Proudhon, Bakunin, Nettlau, Rocker, y multitud de valores desaparecidos cuyo hueco deben llenar los hombres estudiosos y emprendedores; es decir, los revolucionarios anarco-sindicalistas, siempre dispuestos a ocupar el puesto del deber que la lucha asigna a los que no se dan por vencidos.

Pongamos las manos en la masa. A trabajar llaman. Quien liga primero, liga dos veces. Filósofos, poetas, técnicos, escritores, moralistas, sabios, ingenieros, divulgadores de la idea del bien, corazones generosos, campesinos esforzados e infatigables, maestros, obreros de todas las disciplinas del trabajo, luchadores insobornables, hombres entregados a la doctrina de manumisión social, esto es lo que necesitamos para salir adelante en la gran prueba histórica. Que la conducta de nuestros maestros nos sirva de lección y de ejemplo. Y que nuestro trabajo articulado y metódico sea capaz de dejar obras que quedan, dignas de ser admiradas y contempladas por los hombres y los siglos.

CENIT

REVISTA BIMESTRAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Miguel Valdivieso, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Victor García, J. Guiraud, Severino Campos.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros Michel Celma, C.C.P. 952-38

4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XV | Toulouse, Julio.-Agosto 1965 | Nº 165

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - Monte Esquinza, 30-3.º dcha. - MADRID

EDITORIAL

Las tres riquezas libertarias

NOSOTROS también tenemos riquezas. Son tesoros de un valor incalculable. No se compran con joyas, oro y pedrería. Tampoco se venden. Luego, ¿para qué sirve un capital que no se puede comprar ni vender? Tal es la pregunta que podría formularse cualquier ropavejero de turno, o no importa qué negociante o estadista. Sí; somos inmensamente ricos. De una riqueza que no tiene comparación ni equivalencia posible. Son correlativas. Unidas por un engarce precioso.

Nuestra primera riqueza es, sin duda, la doctrina que nos inspira o insufla aliento para vivir, y pensamiento para pensar. Sin nuestras ideas anarcosindicalistas seríamos igual que los otros. Pero al poseer una ideología como la nuestra, somos, por así decirlo, un movimiento aparte. Una colectividad peculiar. Nuestras ideas han sido proscritas. Se nos han dicho infinidad de cosas: soñadores, alejados de la realidad, románticos. Nos sentimos orgullosos de habernos fundido con un ideal que resume y compendia las más nobles y generosas aspiraciones del hombre: el anarquismo. Somos fieles a esta concepción de la ética y la libertad. No sabemos servir a dos amos. Ni Dios ni César. Contamos con el hombre que está por encima de todos los Estados e imperios, más allá de Dios y la Divinidad.

La segunda riqueza es el hombre. Nosotros contamos al hombre. Lo consideramos una pieza maestra de la sociedad. Nada sin el hombre y todo con el hombre. De ahí que, al hablar de nuestros conpañeros los consideremos amigos entrañables, hermanos de ideas. Sus alegrías son las nuestras. Y lo mismo ocurre con sus infortunios y padecimientos. Somos un movimiento de solidaridad. El hombre es para nosotros una armonía solidaria, un conjunto social, una hermandad efectiva. Esta ha sido nuestra fuerza para mantenernos firmes y conservarnos erguidos en todos los combates. Si un día dilapidáramos esta riqueza, estaríamos irremisiblemente perdidos.

Es la tercera riqueza libertaria, el pueblo. Cuando nosotros decimos pueblo, lo decimos todo. Mientras el concepto romano manifiesta: «Todo para el pueblo, pero sin el pueblo», mientras el totalitarismo moderno, ese monstruoso aborto nazifacista, afirma con soberbia cainita: «Nada sin el Estado y al margen del Estado», nosotros repetimos: «Todo por el pueblo y para el pueblo». Quien no se aparta de las aspiraciones populares y defiende los derechos de los desheredados, no se equivoca tan fácilmente. Este es nuestro arsenal y de él sacamos las verdaderas armas de lucha justiciera.

El 19 de julio de 1936 confirmó plenamente nuestra manera de ser y de actuar. Con un desprendimiento total de la vida, consintiendo todos los sacrificios en aras a la salvaguardia de los derechos populares, fuimos los primeros en declarar guerra abierta y total al fascismo, Enemigos de la guerra, tuvimos que hacer frente a los ejércitos de la reacción internacional, perdiendo vidas generosas y poniendo a prueba cuanto de más desprendido hay en nuestro concepto de la vida humana. Hemos perdido muchos valores, pero hemos puesto a salvo todo el patrimonio moral y ético que poseemos. Este es nuestro orgullo y la mayor de las satisfacciones colectivas.

No lo negamos: somos avaros de cuanto poseemos. No queremos que nadie dilapide la riqueza que no es nuestra, sino del pueblo. Cuantas veces tengamos que luchar por la justicia social, nuestros compañeros ocuparán la primera línea del combate. En esta batalla no cederemos nuestro puesto a nadie. Pero nos duelen profundamente las pérdidas humanas. Mientras hay partidos que explotan al mártir y tienen necesidad de él para sus fines políticos y proselitistas, nosotros preferimos al hombre, al compañero, porque nuestro proselitismo es más alto, más humano. Es el pro-

selitismo de la verdad y la justicia que está por encima de los partidos políticos y las hegemonías religiosas. Los partidos pasan, las religiones que dicen consagrarse a la divinidad, tratan de someter al hombre al convertirlo a la obediencia del dogma. ¿Para qué pensar si todo está previsto, regido y determinado por un ser supremo?

Nosotros creemos en la naturaleza. Trabajamos para modelarla, arrancando secretos, haciendo la revolución de cada día. En cuanto a la misión de los partidos, tenemos una opinión concreta: son flor de un día. Pasan, se suceden, desaparecen y el pueblo queda. Y al lado del pueblo, que siempre tiene una misión y un cometido a cumplir, estamos nosotros.

La revolución social española no ha terminado. Es un gran episodio engarzado en la lucha continua por la justicia y la perfección. Mientras existan explotados y oprimidos, mientras el hombre sea esclavo del hombre, los libertarios estaremos combatiendo por el Derecho, haciendo obras de provecho cada día más perfectas, más bellas y humanas.

Hemos dicho que somos avaros de cuanto representamos. Es la nuestra una avaricia total. Defendemos en todo momento la grandeza de unos postulados llenos de eficacia y de moral a la vez, y de ellos no nos desviaremos cueste lo que cueste. Defendemos la causa del hombre que está por encima de la ley, más allá del Estado, cualquiera que sea su color. Y defendemos, asimismo, la gran causa de los humildes, del pueblo que sufre y que trabaja.

Es la nuestra la revolución permanente, la evolución que no muere jamás. La vida que no acaba nunca. Los grandes acontecimientos históricos son episodios estalares que nos alientan para avanzar hacia nuevas cimas de progreso. Pero nuestro trabajo es continuo, permanente. En la mina y en el campo, en la escuela y la Universidad, en el taller y la fábrica, es decir, en las organizaciones del trabajo consciente para la existencia feliz y venturosa, ponemos todo el esfuerzo a fin de consolidar un avance diario, una posición determinante y bienhechora. ¿Somos extremistas de izquierda? ¿Somos revolucionarios? Actualmente, hasta los mayores reaccionarios se llaman izquierdistas, y los enemigos de la revolución se llaman revolucionarios. Nosotros somos la idea suprema de la libertad, los defensores insobornables del pueblo. Que se nos llame como quiera. Nosotros estamos por encima de la palabrería circunstancial y de las etiquetas de ocasión.

Somos libertarios; sí. Queremos la libertad y la fraternidad para todos los hombres. Luchamos por la desaparición de las clases. Queremos una humanidad reconciliada por el amor, unida por la paz y el trabajo. Anunciamos y defendemos la presencia del hombre, su organización libre de toda tutela estatal, de toda intromisión capitalista. El hombre es para nosotros algo más que un medio, es un principio de vida y un fin al que dedicamos lo mejor de nosotros mismos.

Hechura del pueblo somos y hacia el pueblo vamos sin abandonarlo en ningún momento. Lo arriesgamos todo por su emancipación y liberación y a él comprometemos nuestra suerte. Su destino es el nuestro.

Ideas, hombres y pueblos. Tales son nuestras tres riquezas. Administremos responsablemente este alto patrimonio moral. No desperdiciemos nada de cuanto nos hace falta para luchar y trabajar. Cada día nos ofrece un quehacer histórico; cada época nos presenta una exigencia nueva; pero seguros de cuanto somos y representamos trazamos en el presente los surcos del porvenir, para depositar sobre la tierra la simiente fecunda, que ha de ser cosecha futura. De acuerdo con el pensador decimos nosotros: plantemos el árbol del porvenir aunque no seamos nosotros, sino nuestros hijos, los que recojan los frutos.

«Desde Aristóteles, el intelectual está encubriendo con lo que dice lo que quiere decir.
Ningún intelectual de importancia ha podido ser absolutamente sincero».

PROF. TIERNO GALVAN

El sindicalismo revolucionario ante su destino

EL hombre avanza gradualmente. Se camina por etapas para recuperar fuerzas y energías. Sólo así se puede seguir andando. Emprender un trecho difícil; iniciar una carrera constante por la ruta anchurosa del progreso que no termina nunca, es extenuarse, hasta agotar todas las fuerzas inútilmente. Así, en el orden físico como moral, el ser humano no puede abarcarlo todo. La historia es un empalme, una conexión con lo acaecido. Nunca se produce una ruptura completa, total, con el pasado. Cada día tenemos planteadas nuevas necesidades, ya que permanentemente evolucionamos hacia mayores aspiraciones. La ilusión nos sirve de aliento íntimo, de fuerza motriz doctrinal, para escalar cumbres desconocidas.

La lucha planteada en el campo social nunca tendrá fin. En pleno siglo XX, no hemos conseguido derrocar los viejos puntales de la propiedad privada, ni suprimir las causas que engendran la explotación del hombre por el hombre. Los que se colocan en la primera fila del combate emancipador; los que no cesan en la lucha justiciera e igualitaria; los que a pesar de las calumnias y vejaciones sirven a la humanidad de manera altruísta y desinteresada, son siempre los mejor doptados y dispuestos para orientar la marcha del progreso hacia una civilización superior. En la tarea infatigable que nos ocupamos no debemos excluir a ningún hombre de buena voluntad. Sería vano desestimar el concurso y la cooperación de cuantos sienten el deseo de hacer algo beneficioso y están dispuestoss a sacrificarse para lograr una nueva parcela de ventura colectiva. La liberación de los desposeídos, si no lo es, debería ser, obra recíproca de todos; y a eso deben tender nuestros métodos de trabajo: hacer posible que en cada empresa manumisora surjan nuevos pioneros que estén dispuestos a demostrar la riqueza de sus facultades físicas e intelectuales, dedicando lo mejor de todos y cada uno al trabajo de transformar y embellecer la sociedad.

Es grato comprobar que el hombre de nuestros días va dándose cuenta de los ensayos totalitarios de estos últimos tiempos y que alberga el propósito sincero de rectificar muchos puntos de mira. Los movimientos de vanguardia están más que de vuelta de muchas aventuras llevadas a cabo por el absolutismo sanguinario así de derecha como de izquierda. Y va siendo hora de que sepamos aprovechar las ocasiones que se nos presentan en la escena internacional. El movimiento libertario ha atravesado infinidad de evoluciones, ya que ha querido ser en todas las circunstancias timón y brújula de las nuevas corrientes del progreso. No ha sido esta gestación constante un producto de sus crisis ideológicas, sino de su fuerza de interpretación para comprender y orientar los nuevos alientos de vida. Las ideas no son una cosa artificial; son un engendro humano, sujetas al flujo y reflujo de los acontecimientos, sometidas a prueba constante. Todo hombre que siente, todo cerebro pensante tiene la obligación de evolucionar, y, en las leyes fundamentales de la evolución encuentra el anarquismo militante su fuerza renovadora, su juventud permanente, su encaje con el tiempo y la historia.

La evolución de nuestras ideas es perenne. Saludemos fraternalmente cuantas iniciativas e ideas vengan a enriquecernos doctrinalmente, no a disminuirnos y minimizarnos. Las crisis se incuban cuando se cierran las puertas a todos los horizontes, cuando se pierde el sentido de transformación; es decir, cuando no hay hombres emprendedores que anhelan marchar hacia nuevas auroras.

Nuestro movimiento se halla en estado de reconstrucción. Ha de rehacerse con el esfuerzo articulado. Sólo encontraremos en nuestra casa lo que cada uno de nosotros llevemos a ésta. Ya lo dijo el pensador: «Como en la primavera después del frío del invierno, la tierra da ampliamente lo que se ha puesto en ella en semillas.»

Sembrar, cultivar, trabajar la tierra, es recoger cosecha.

CONCEPTO FILOSOFICO DE LA LIBERTAD

LA anarquía es la doctrina de la libertad. La concepción dogmática, absolutista, queda para las religiones, que estiman la obra de su Dios como una cosa acabada. La Providencia, según los creyentes, no se equivoca nunca; es el principio y el fin de todas las cosas, el Alfa y Omega. Los hombres libertarios no somos ni debemos ser absolutistas. Nosotros no creemos en la milagrería revolucionaria ni en la exactitud metafísica. Para los anarco-sindicalistas las ideas no descienden del cielo; no son obra del espíritu divino, sino hechura de los hombres.

Dícese que Moisés recibió las tablas de la ley de manos del Supremo Hacedor. Otro tanto se explica de Mahoma, quien, al decir de sus imitadores recibió de Alá el soplo misterioso y divino para que fuera el guía de la religión por aquél concebida. La iglesia romana nos ha dicho: «Vale más obedecer que pensar.» Hegel manifestó la necesidad

de «pensar en categorías», declarando el **espíritu absoluto** como regla maestra de la creación. Marx, calificó la libertad de «concepto abstracto». Maquiavelo, Loyola, Lenin y Stalin han elevado a la categoría de concepto absoluto lo que se ha dado en llamar «absolutismo menor en la variabilidad de los medios al absolutismo perfecto de los fines». No nos extrañan las coincidencias entre teólogos autócratas y sociólogos totalitarios; coinciden por imitación de los sociólogos a los teólogos en la fundación de la doctrina por los medios proselitistas. El oportunismo es su ley.

La ciencia se revela contra la superstición, el arte no admite el embuste: el trabajo está por encima de la mitología. El trabajo es la verdad y ésta se repele con el dogma. La uniformidad total es la muerte. Los problemas de la naturaleza no son tan fáciles de solucionar como a primera vista parece. El hombre piensa y la naturaleza manda. De ahí que no sea posible alcanzar la totalidad de lo que los hombres avizoran y sueñan.

Lo importante es tener una idea clara de lo que pretendemos hacer y ponerse al pie del muro para levantar obra. No acabaremos con el Estado diciendo: «... hacia la anarquía va la historia», y la anarquía es la verdad. El Estado retrocede cuando nace un hombre independiente que se niega a admitir las verdades prefabricadas; cuando se está dispuesto a dudar de todos los dogmas y a practicar el bien sin coacciones ajenas, extrañas.

Cada generación debe preocuparse de resolver sus problemas, de ordenar sus asuntos. Si trabajamos por nosotros, lo hacemos asimismo por la perfección futura. Mientras no nos decidamos a realizar el socialismo libertario por etapas graduales, por hitos, armonizando la ciencia con la moral, el trabajo con la libertad; mientras no nos dispongamos a recoger las lecciones de la sabiduría sin poner etiquetas al pensamiento renovador, viviremos incapacitados para valorar las auténticas creaciones libres. Pues sólo influye en la marcha de la sociedad el que orienta las realidades, sacando de éstas el mayor partido posible.

El absolutismo es el arsenal de la mentida infalibilidad, ya que lleva el germen del despotismo. Nosotros somos el movimiento multiforme que lucha por la libertad. La situación mundial nos presenta nuevas posibilidades evolutivas que debemos tener en cuenta. Rodolf Rocker supo expresar sus ideas de manera clara y concreta al respecto: «Lo que forma la razón de ser del anarquismo es la voluntad de crear una comunidad social en la cual los hombres dejen de estar sometidos a un poder exterior, arreglando sus asuntos comunes a base de convenios libres, de la ayuda mutua y la solidaridad. Pero sólo es posible exigir de los demás lo que prácticamente encuentra su expresión en las acciones propias. Mientras no estemos en condiciones de practicar nuestros principios básicos en nuestras propias filas, nuestra palabra quedará vacía, no mereciendo la más mínima atención de los demás.»

Para conseguir parcelas de libertad, debemos ser cada día más libertarios, rechazando toda concepción dogmática y absolutista.

UN ALTO EN EL CAMINO DE LA LUCHA

NO es posible negar la evidencia de los hechos. Las fuerzas humanas tienen un límite y no se puede jugar con éstas caprichosamente. Venimos sufriendo año y más años de torturas. Dos guerras mundiales han llevado a la humanidad al borde de la locura. De estas dos tormentas gigantescas, el hombre ha salido azotado como un harapo. Las muchedumbres han perdido la fe en ideales e ilusiones que en épocas de relativa bonanza representaban un estímulo moral para avanzar por caminos llanos o empinados. Al perderse esa fe, brotó la necesidad, la angustia de vivir a no importa qué precio. Las puertas del porvenir parecían haberse cerrado para siempre. Los conceptos totalitarios ganaron corazones y conciencias. La lucha evolutiva se presentaba demasiado lenta. Se hacía pesada y agotadora. Había que llegar a la gran meta fuere como fuere. Este cansancio físico e intelectual nos ha dejado tullidos en no pocas ocasiones. Y es natural que así sea. Todo desgaste necesita un reposo, y, nosotros, no hemos querido descansar para recuperar fuerzas nuevas y desconocidas.

No es la primera vez en la historia que los luchadores al servicio de una causa noble han sido ganados por la apatía y la desgana. Estamos hablando de hombres y no de mitos. Y los hombres que trabajan y luchan, también se cansan. La fatiga es una ley biológica sentida por los que hacen obras importantes. Cuando los hombres se pierden en plena montaña, cercados por la tormenta; cuando en vez de reponer energías se van agotando las reservas acumuladas; cuando todo es adversidad, obstáculos y peligros, brota la duda por doquier y viene la desgana. Hemos pasado fases escalonadas de terror y tiranía, ciclos de opresión y épocas de miseria, donde todo contacto moral e intelectual ha sido casi prácticamente imposible.

De Diderot y...

« En general no puede haber amistad entera y sólida más que entre hombres que no tienen nada. Un hombre es, entonces, toda la fortuna de su amigo y su amigo es toda la suya».

★

Nos han faltado hasta los medios más elementales de defensa y de combate. En tales circunstancias, era lógico que naciera la incertidumbre, la duda como base de un replanteamiento de la lucha. Pensadores de gran valía han apuntado la necesidad de partir de cero; otros cerebros de no menor talla intelectual y moral han argumentado en torno a una supuesta crisis que mina la salud de nuestro cuerpo social, dando ideas razonadas y sentidas que no podemos desestimar olímpicamente. Y en este análisis rápido, propio de los tiempos que vivimos, muchas voluntades han llegado a concebir que el mejor camino a recorrer es el trazado por el enemigo, buscando la eficacia de los medios para conseguir los fines.

Hay que hacer un alto en el camino de la lucha. Reflexionar las experiencias vividas, recoger las enseñanzas desprendidas de los acontecimientos, no es desaprovechar el tiempo. Pierde el tiempo y la ocasión de proyectarse quien no estudia ni trabaja, quien no intenta nada saludable para salvar el mal de los demás. Perdido está quien se da por perdido, o quiere perderse a toda costa. Y este no es ni puede ser nuestro caso. No estamos a cero porque hay un balance de hechos mundiales que patentizan nuestra razón de ser y nuestro crédito social como movimiento obrero organizado. Si el enemigo nos hubiera dado por vencidos no se ocuparía de nosotros. Por otra parte, el término crisis no es el más apropiado para definir, ni parcialmente siquiera, nuestra presente situación. El hecho mismo de apuntar nuestros padecimientos, de dar orientaciones nuevas para salir de esta encrucijada histórica, de tener la valentía de manifestar que debemos marchar hacia adelante, es la prueba concluyente de que no estamos en crisis, puesto que queremos vivir para las ideas, luchar por afincarlas, trabajar para que se conviertan en realidades tangibles y positivas. Esto no es postramiento, sino ánimo resuelto de luchar y crear.

...sobre Diderot

¿Diderot? : Un número más de la legión de los sumisos».

PROF. TIERNO GALVAN

★

¡Docta ignorancia!

DIDEROT

★

«El ser supremo es... la tercera sustancia».

DIDEROT

EL VALOR SOCIAL DE LA CONSECUENCIA

LA consecuencia no es un defecto, sino una virtud. No es consecuente quien se empeña en mantener el error a sabiendas, quien niega la verdad por capricho o testarudez. La consecuencia que define una postura ante la vida, una actitud ante los acontecimientos, merece ser respetada. Ella es la correspondencia entre los principios y la conducta de una persona. Luego tener consecuencia es tener resultado.

Cuando se estudian las declaraciones hechas por los sabios más eminentes; cuando se analizan los problemas que tienen planteados el hombre de nuestros días a la luz de las experiencias recogidas por el humano vivir; cuando se constata que los partidarios y animadores de las concepciones cesaristas y totalitarias se ven obligados a buscar nuevas formas de orientación para salir del atolladero dictatorial; cuando, en fin, las viejas religiones que se perdieron moralmente porque dedicáronse a practicar el juego del interés creado, almacenando riquezas y regalías, tienen que rectificar sus métodos y desandar lo andado para volver a emprender la nueva caminata de la historia, nosotros, los libertarios por formación y vocación, no tenemos por qué hacer las montañas más altas de lo que en realidad son, ni poner más obstáculos de los que en realidad tiene el camino que vamos recorriendo. No es así como conseguiremos hacer labor práctica y efectiva.

Se trata de comprender la nueva situación que vive el hombre en esta fase de cambios e innovaciones incalculables. Para ello es preciso que nos apliquemos a realizar obras útiles y valiosas. Unir fuerzas para afrontar el combate que tenemos planteado, hoy como ayer; apuntar soluciones en vez de presentar enunciados interminables que a nada conducen; organizar la lucha con métodos modernos y planes bien pensados que desborden al enemigo por la grandeza misma de su inspiración y realización; tales son, a mi modesto entender, los problemas que se nos plantean en este instante de lucha político-social y económica.

No puede negarse, y esta es nuestra satisfacción personal y colectiva, que el mundo científico está haciendo una revolución gigantesca en todas las disciplinas de la ciencia y la cultura. La técnica evoluciona de manera rápida hacia estadios de perfección. Actualmente, se produce más con menos esfuerzos. La tecnología mal aplicada hace estragos, mas estamos convencidos que en una sociedad organizada de manera socialista y libertaria, será un factor de liberación puesto al servicio del hombre. La máquina está llamada a ser, y será, la redentoda material del individuo organizado, o por organizar. Vamos a grandes pasos hacia una nueva situación de mejoramiento colectivo. Lo esencial, pues, consiste en unir la ciencia con la idea, el progreso material con el pensamiento y el sentimiento humanos. Muchos de los predicamentos hechos por Proudhon y Bakunín son puestos en circulación, deformados, intencionadamente, por aquellos que ayer combatían nuestra doctrina. Si hoy vivieran los hermanos Reclus, es seguro que,

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

a la vista de los descubrimientos realizados por hombres eminentes como Einstein y Rostand, Oppenheimer y Ochoa, estarían trabajando para darnos nuevas enseñanzas en vez de torturarnos con quejas y lamentos que comprendemos, pero que no nos ayudan a escalar la cima que tenemos ante nosotros. ¿Por qué no seguir el ejemplo laborioso de Kropotkin, contribuyendo a que su obra inmortal, «El apoyo mutuo» y «La ciencia moderna y el anarquismo», sea remozada, teniendo en cuenta todo lo que hoy conocemos y que nuestro maestro no pudo nococer ni vivir en su tiempo?

No hagamos afirmaciones caprichosas. Ni San Pablo en la Iglesia católica, ni Marx con su concepción materialista de la historia, ni Kropotkin con su hermosa teoría de ayuda y protección han dicho, ni dirán los que les sucedan, en sus respectivas ideas y creencias, la última palabra. La vida es una cosa muy importante que siempre será revisada. El pensamiento no ha nacido para ser petrificado. La evolución no desaparece nunca. De ahí que siempre estemos predispuestos a corregir el entuerto, a superar lo que merezca ser superado, a admitir la verdad venga de donde viniera.

¿QUE ES EL ANARQUISMO?

UNO de nuestros más elocuentes divulgadores, Sebastián Faure, dijo a este tenor: «La anarquía es una vida», pero esto no basta. Sin conducta, sin acción, sin vida, no hay anarquía. Esto es exacto, mas hay que agregar, de acuerdo con Eliseo Reclus y Pedro Kropotkin, algo más concreto: el anarquismo es la ciencia y el arte de la vida. Nos mueve la curiosidad de conocer todo lo que existe y nos rodea. Lo que se nos dice y lo que no hemos podido descubrir. Si tenemos la convicción de que nada puede producirse sin causa y que los hechos que preséntanse extraños y misteriosos pueden siempre explicarse por causas naturales, nuestra actitud debe consistir en seguir las leyes de la naturaleza para hacer cada día un descubrimiento provechoso. Al no creernos infalibles, nos negamos a aceptar como hecho real ningún concepto que no esté sostenido por una prueba concluyente. Considerando que la verdad no cambia jamás, sino las ideas que nos hacemos de ella, que cambian a medida que nuestros conocimientos aumentan, somos la experiencia hecha conocimiento para estudiar la razón, pues, que, siendo enemigos como somos de las supersticiones, propendemos a encontrar la luz en su misma naturaleza. Por admitir la síntesis colectiva, la sociedad, la organización del trabajo como base de vida bienhechora, trabajamos racionalmente de acuerdo con un plan establecido en el seno de nuestra organización. El anarquismo es una ciencia porque hace experimentos con el mayor cuidado, con la mayor exactitud, no dando nada por totalmente acabado. Sin haber encontrado la respuesta exacta a un problema; sin el noble propósito de rendirse a la evidencia y de cambiar de opinión cuando los hechos nos demuestran el error; sin la intención de respetar el punto de vista ajeno, no podríamos ser libertarios.

Necesitamos tener a nuestro lado a los intelectuales y científicos. Corazón y cerebro; músculo y sabiduría deben trabajar unidos por la gran causa que nos anima. Si no tenemos técnicos suficientes, hay que crearlos, o convencerlos para que se incorporen a nuestra lucha manumisora. Hacen falta hombres de gran valía, como los que nos legaron una doctrina para que se afincara en la conciencia obrera y humana. El Movimiento Libertario ha venido perdiendo militantes de indecible valor intelectual, sin llenar el vacío honroso. Cuando desaparecen las grandes luminarias del intelecto, se pierde, asimismo, la fuerza de arrastre, ya que el hombre llano y la juventud se nutren de enseñanzas y lecciones permanentes. Pero hay una cosa que no debemos perder en ningún momento: el contacto fraternal de militante a militante; la relación noble y leal de hombre a hombre que ha sido en todo instante una virtud libertaria; es decir, la cooperación estrecha de los núcleos y organizaciones de raíz sindicalista libertaria. Cultivar estas tres parcelas fecundas del campo anarcosindicalista; hacer florecer las plantas de la afección y la ayuda mutua en el corazón libertario, tales son los objetivos principales de hoy y de mañana.

Hay un sentimiento profundo que consiste en marchar hacia adelante. No retrocedamos nunca, no nos estanquemos jamás. No es el nuestro un problema de crisis ni de postración, sino de vertebración e incitación al trabajo que nos espera. Las ideas son hijas de los hombres. Comportémonos cada día con el mayor desprendimiento y altruísmo. La generosidad no debilita; por el contrario, fortalece. Hombres bondadosos es lo que necesitamos. Hombres que lo den todo sin pedir absolutamente nada. Sembradores y creadores de ideas: el campo está yermo. Sólo el trabajo cohesionado, unido a la esperanza colectiva, puede ofrecernos la cosecha óptima que la naturaleza da con creces a quienes le saben arrancar los preciosos bienes que oculta en su cuerpo palpitante y eterno.

RAMON LIARTE

España, su pueblo y sus gobiernos

La permanencia del pedestal opresor

DE todas las instituciones que al través de los tiempos ha tenido España, el Ejército es quien tiene en su haber los los hechos más dolorosos y ruinosos para el pueblo. ¿Quién podría valorar los perjuicios económicos que ha ocasionado? ¿Hay alguien capaz de describir el dolor, la desesperación y las víctimas que ha producido? Siempre, de su conducta, estuvo ausenta la sensibilidad humana, la honorabilidad y la honradez.

Meditando sobre la trayectoria de los militares, muy duro de corazón se tiene que ser para no levantar repudio fulminante hacia quienes son la causa de la gran tragedia hispana. Ellos, en contubernio con las empresas de explotación política y económica, tendieron, sobre todos los lares de su dominio, las influencias de decadencia cultural.

Las proyecciones de liberalidad, que en ocasiones hayan manifestado algunos hombres de la armada, no pueden aceptarse como condiciones virtuosas de la institución. Contrariamente, si en todos los ejércitos es consubstancial la inspiración a reivindicar el pasado, a limitar o nulificar las libertades populares, a servir la causa de los poderosos y ser opresor de los humildes, pocos, o ninguno, han desarrollado esa negra trayectoria como el español.

Cuando Ramón Franco era fervoroso opositor a la última monarquía, le oí decir: «Si la república gana las elecciones, y el Borbón no se va inmediatamente, la solución la tenemos cargando un avión de bombas, yendo a Madrid y dejándolas caer sobre el Palacio para que perezca toda la familia real.»

Tal como estaban los ánimos en aquellas circunstancias, llegué a creer que el hermano del actual Caudillo era muy capaz de efectuar lo por él sugerido. ¿Quién, en aquellos instantes, hubiese predicho la vuelta de noventa grados que cinco años más tarde efectuó el personaje en cuestión? Los entonces capitanes Medrano y Jiménez, que también se agitaban en primera línea como oposicionistas a la monarquía, veían en Ramón poco menos que un prodigio del federalismo republicano; la posteridad nos mostró, que las truculencias antiborbónicas, encubrían al militar felón, enemigo del pueblo y de la libertad.

Este hecho, e infinidad de similares que en sus páginas tiene la historia del militarismo español, levantan en mi aguda suspicacia cuando, para una reivindicación de derechos populares, se alude la necesidad, o conveniencia, de que intervengan determinados elementos del ejército. ¿Queda alguno de ellos capaz de ser fiel a la palabra dada? ¿Tienen como signo honorable el cumplimiento del compromiso político El hoy Generalísimo de esas fuerzas, como Sanjurjo, Mola y otros generales, juraron fidelidad a la república. ¿Cómo se comportaron? No lo perdamos de vista.

Las filas de la oficialidad militar registrarán, en los anales ibéricos, muy pocas personas que fueran incondicionales servidores del pueblo. Los profesionales del ejército fueron, siguen siendo, y serán durante su existencia, el pedestal simbólico de la fuerza opresora. Las ofensivas que desde su seno se enfoquen hacia los poderes estatuidos, suponiendo que se exhiban con algún tinte liberal, no rebasarán el límite dentro del cual quede garantizada la institución militar y los intereses que representa. Y ¡ay de aquellos que de ahí osen sobrepasarse!

Comprendo que las soluciones que yo deseo para el pueblo español, no son las que buscan los republicanos y socialistas. De cualquier modo, no deja de sorprenderme que don Indalecio Prieto, en la revista «Siempre», del 15 de julio de 1959, en el último párrafo de su trabajo, nos dijera:

«Tan magnos e ineludibles conflictos, que no pueden resolverse con auxilio económico norteamericano ni sacrificando todavía más a la clase trabajadora, crean un problema muy por encima de opiniones políticas y preferencias de régimen, un problema de salvamento o naufragio, de vida o muerte, cuya solución, siempre dificilísima, sólo sería posible mediante la concordia nacional, concordia que impide Franco. A éste le entronizó el ejército, personificado por los generales de las regiones, y el ejército, bajo esa misma personificación, es el único que puede destronarlo. Del ejército depende, pues, la salvación o el hundimiento de España, aparte de corresponderle devolver al país las libertades que le arrebató, sublevándose contra la república.»

¿Otra vez con soluciones militares? ¿Es que no hay otras fuerzas a quienes tener en cuenta para suplantar el actual régimen? ¿Dónde está, entre los militares españoles, esa dotación de conocimientos que acrisole el influjo de reformas económicas y políticas elementales que requiere el país?

No; el desplazamiento de Franco, por influencia preponderante de otros generales, siempre será una solución de continuidad a lo que ahora está viviendo el pueblo.

Debe ser de rigor no perder de vista, para solventar los problemas esenciales que tenemos planteados, que los contactos del ejército con las corrientes populares tienen una finalidad única e inexorable. Jamás, los generales que inician una revuelta, lo hacen por solidaridad con los vejados. La casta militar de alcurnia elevada desconoce las necesidades y afanes de los humildes; no hay com-

penetración entre ellos; no puede haberla, porque difieren las condiciones de vida, los atributos sociales y las prerrogativas de clase.

Y si en algún momento pueblo y ejército se confunden, es por la exaltación emocional que hace creer, en el sector popular, en los buenos propósitos de los que siempre terminan siendo sus peores enemigos. Por lo cual, si en alguna subversión es ineludible la participación del ejército, debe procurarse que su papel sea secundario, y que la orientación de carácter político-social no vaya a cargo de sus elementos.

Vanas serán las ilusiones que se cifren en los militares para una empresa de liberación social. Por su tradición histórica, por su educación, por su disciplina y por sus contactos sociales, la oficialidad militar es instrumento de opresión popular; nunca deja de ser servidora de los intereses más cuantiosos y brillantes, aunque éstos se hayan amasados por las actuaciones inmorales que pueden aplicarse.

¿Ejemplos? ¡Infinidad!

En todos los más sustanciosos episodios políticos de nuestro país puede apreciarse la huella de impulso retrógrado de la casta militar. Empeñada en hacer revivir los ancestros, esas estructuras de convivencia que chocan con los hálitos progresistas más tenues, nunca rehusó actuar como verdugo de las conciencias colectivas sublimes.

De ahí el estancamiento que todo el mundo reconoce a España, actualmente, por las influencias perniciosas de una institución, que actúa sobre el cuerpo social cual un cáncer en el cuerpo humano.

Eso ha sido siempre el ejército español; eso es en estos momentos Franco su régimen y sus acólitos.

Severino CAMPOS

El romance de la viuda

Nada ya.
Catalina va muy triste,
muy triste y muy sola va,
caminito de la cárcel,
donde su marido está.
En una cesta de junco
le lleva un rico manjar,
con lágrimas, que le arañan
las mejillas de azafrán.
y en una bolsa de seda,
que ella acaba de bordar,
le lleva una muda limpia
y más tiesa que un cristal.
—¿Adónde vas, Catalina,
con tan desmayado andar
y esa carita de cirio
que tan amarilla está?
Si tu marido te viera
¡qué pena le ibas a dar!
—Voy a la cárcel a verle.
Voy a saber cómo está.
«¿Le habrá pasado algo malo...?
¿Le pondrán en libertad...?»
se pregunta y desespera
y se vuelve a preguntar.
Pasando el Puente Romano,
ya la vista se le va...
Dos mariposas azules,
en un retozo nupcial,
pasan por delante de ella
y hasta rozándola van.
Mas no las ve Catalina.
¡Cómo ha de ver ni mirar,
si todo su pensamiento
está mucho más allá!
Hace un calor de chicharras;
el cielo tronando está,
como cuando se llevaron
a su Julio del hogar.
«¡Mi maridito querido...!
¿Te pondrán en libertad?
¿Acaso es algún delito
ser republicano y leal?
Tú no has hecho mal a nadie;
que eres más bueno que el pan.
Luna de todas mis noches,
¿dónde te has ido a alumbrar?»
De los cirios de sus ojos,
cera y responso final,
sale un rosario de lágrimas,
con un sabor de azarfán...
La cárcel ya está muy cerca.
¡Qué cerca la tiene ya...!
«¡Ay, mi Julio! ¡Cuándo, cuándo
a mi lado volverás...!»
—Buenas tardes, carcelero.
Quisiera poder hablar
con mi marido un momento,
un momentito, no más.
—¿Cuál es su nombre, señora?
—Julio Mora del Rosal.
El guardián abre un registro,
que sobre la mesa está.
Lo mira de arriba abajo,
buscando un signo especial.
Pasa una hoja, dos hojas...
En la tercera ya va...
Y dice tranquilamente,
como quien va a bostezar:
«Vuelva con todo a su casa
y no se moleste más.
Su marido no precisa
nada ya.

Luis BAZAL

La Iglesia y la Revolución española

No fue la primera vez que la Iglesia traicionó sus principios, anteponiendo los hechos externos a la rectitud de proceder; entregándose en brazos del poder temporal sin importarle el poder espiritual de origen. Y en vez del bíblico «¡Amaros los unos a los otros!», promulgó el bárbaro «¡Mataros los unos a los otros!»

La Iglesia Católica Apostólica Romana no fue cristiana durante el grave conflicto que enfrentó las dos Españas diametralmente opuestas en la guerra de carácter revolucionario de 1936 a 1939. Sus sacerdotes se convirtieron en soldadesca, se apartaron de su Dios y protegieron al César.

Su misión apostólica —admitamos la expresión— hubira sido más cristiana, más espiritual y más humana si en vez de empuñar y bendecir las armas de Franco hubiera jugado el papel de mediadora entre las partes beligerantes, apaciguadora de la tormenta que se había desencadenado sobre la Península Ibérica. Pero se sumaron al Angel Exterminador junto con católicos, protestantes y mahometanos. Santiago Matamoros (El Hijo del Trueno) no intervino como tal en la contienda y dejó a sus satélites servirse de los mercenarios africanos para acribillar y martirizar españoles.

Después del Concilio Vaticano II, la Iglesia admite, entre sacristías, el «mea culpa» y burla burlando trata de rectificar pecados pasados, hacer acto de contricción, subir de rodillas la **scala sancta**, para pecar de nuevo en la primera ocasión. La Iglesia ha decidido aproximarse al pueblo y confraternizar con él sus cuitas eternas, borrando sus anteriores zigzagueos que oscilaban entre el Príncipe y el pordiosero.

Pablo Casals fue visitado en cierta ocasión por su fraile agustino, emisario del Caudillo, y al preguntarle por qué estaba y qué hacia en el exilio, el eminente músico contestó:

—Yo hago de cristiano.

Georges Bernanos, en «Los Grandes Cementerios bajo la Luna», es testigo de calidad cuando dirigiéndose al episcopado español, dice: «Os hemos visto, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bendecir los argumentos a repetición que salían brillantes, bien engrasados, de las célebles bibliotecas de M. Hotchkiss. Yo he visto, por ejemplo, a monseñor el obispo arzobispo de Palma de Mallorca agitar sus manos venerables por encima de las ametralladoras italianas...»

El Santo Padre de Roma no ignoraba esa toma de posición de la Iglesia Española. Todos los obispos españoles, salvo tres, firmaron la célebre carta circular del cardenal Primado Gomá al Episcopado español imponiendo las directrices que debían de guiar sus respectivas actitudes y dando carácter de Cruzada a una guerra revolucionaria en la cual entraban en juego más principios sociales que religiosos y, por lo tanto, la Iglesia tenía el deber de permanecer neutral porque en ambos luchaban católicos y existían sacerdotes de la Iglesia romana.

La Iglesia española acató desde el primer momento los dictados de la Falange y estuvo incondicionalmente al lado de sus postulados cuando en su artículo 6.° decía: «Nuestro Estado será un instrumento totalitario».

El diario «Hierro» de Bilbao, decía el 7 de marzo de 1938: «Nosotros no buscamos una fe tibia, piadosa o simplemente contemplativa, nosotros queremos que al lado del libro aparezca el fusil. Libros y armas. Santo Tomás en Salamanca y nuestros soldados frente a los turcos de Lepanto, frente a la herejía de Flandes o en París, porque Francia no queremos que sea de los Hugonotes, ni del Frente Popular. Cruz y espada. Nuestro catolicismo habla de santas violencias, de ardor y de fanatismo militante. Servir a Dios y al César. Restaurar el Imperio sagrado de nuestros padres. Santo Tomás guiará nuestros espíritus, pero asperamente, militarmente...». Etc.

Queremos admitir que toda la Iglesia no era el cardenal Gomá ni el cardenal Segura; que deambulando por los campos de concentración de Francia hemos encontrado sacerdotes dignos de tal nombre que reivindicaban la verdadera misión apostólica de la Iglesia en el problema español. Pero generalmente los sacerdotes y su episcopado han convivido más con los potentados de la tierra que con los humildes que han hambre y sed de justicia y que han hambre pura y simple.

La Iglesia no ignoraba el profundo abismo que separaba a la España de los latifundios provocadora de miserias seculares y la que por tal motivo fraguaba una revolución que transformara los cimientos morales, materiales y culturales de nuestro país.

La Iglesia española fue, en nuestro suelo, más perseguidora que perseguida. En todas las épocas de la historia de la civilización española encontramos hechos incontrovertibles de esa afirmación sin necesidad de apelar a los negros episodios de la Inquisición. No olvidemos que el cristianismo se desnaturalizó cuando desbordando las legiones romanas se convirtió en perseguidor de ateos y de herejes sin haber antes delimitado claramente dónde empezaban los impíos y dónde terminaban los creyentes. Se desnaturalizó, cuando saliendo perseguido de las catacumbas y los «maquis» de Galilea invadió los palacios de los poderosos y al margen de las multitudes humildes de donde procedía. Se desnaturalizó cuando de idealista se convirtió en gobernante, desbordado por los intereses de los grandes y con menosprecio de los clamores. de los pobres. Se enalteció con los primeros após-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

toles y cayó por la pendiente con los Torquemadas de todas las épocas.

Los obispos y arzobispos españoles no ignoraban la miseria y el hambre de los campos españoles, cuyos braceros eran pagados, en Andalucía, a dos pesetas por día y sólo se alimentaban de pan negro, tomates crudos y vegetando sobre campos del Suplicio de Tántalo. Que en Extremadura, en Galicia, los obreros industriales ganaban sólo cuatro pesetas de jornal y que los mineros eran pagados con una remuneración similar. Que en 1930 había en España un 60 por 100 de iletrados y que la Iglesia continuaba alternando en los grandes palacios con los potentados del agro, del subsuelo y de la industria.

España tuvo siempre sobre sus espaldas el apelativo de Católica Apostólica Romana; oficialmente era una Iglesia insustituible, intransigente, intolerante y represiva. Por tal razón era también España uno de los países donde el porcentaje de anticlericalismo era más elevado. Los ritos de las otras Iglesias estaban proscritos del suelo español si eran exteriorizados. Protestantes y judíos eran considerados como apestados.

A la España que no estaba con ellos se la llamaba la «anti-España» y «anti-Cristos» digna de las hogueras de la Santa Inquisición. Preferían un Carlos II, un rey imbécil que no hacía otra cosa que rezar y fomentar el fanatismo religioso, que a un Mendizábal que reglamentaba los enormes bienes de la Iglesia adquiridos de una forma tortuosa.

La intervención de la Iglesia en la guerra civil española fue un desastre moral para el episcopado, que fue arrastrado —purpura y anillo— por el barro peninsular junto con la sangre de los infelices que eran ajusticiados sumariamente por la Falange y los Requetés con la bendición apostólica. Imponer la fe no es propagarla, es destruirla. Y eso hizo la Iglesia en la guerra revolucionaria española al intentar convertirla por el cardenal Gomá en «guerra Santa» y a Franco en San Luis, liberador del Jerusalén ibérico.

VICENTE ARTES

«Que no esté en nuestras manos cambiar las estructuras no quiere decir que no lo intentemos. Destruir es hoy algo más eficaz al conseguir el perfeccionamiento objetivo, siempre que la destrucción, sea consciente, racional y no produzca mala conciencia».

PROF. TIERNO GALVAN

Veintinueve años después...

Los de aquella generación

AUN vivimos los jóvenes libertarios de aquella generación.

Los que vimos en la ilusión de los años cómo el pueblo supo sustituirse a los poderes desfallecientes.

Los que fuimos actores del combate callejero que redujo la sedición a sus cuarteles.

Aquellos que participamos a la organización de una economía abandonada, sin capitales (por cierto innecesarios) y casi sin dirección técnica.

Los que no sucumbieron en la cruenta contienda; los que no cayeron después bajo la más encarnizada de las represiones...

Los supervivientes, pocos o muchos, somos, existimos.

Y por ser, aún hemos de pesar en las decisiones que respecto a un incierto porvenir pretenden tomarse de espaldas a los intereses del pueblo del que formamos parte.

Que no se nos niegue, en razón de la vivida experiencia, de las satisfacciones y amarguras abundantes en el proceso doloroso de los treinta y tres meses de huelga, el derecho de oponer nuestra voz, al coro laurentable de ambiciones que pulula alrededor de un régimen, hoy ya en derrota.

Recordamos con dolor, que vencido el primer embate de las armas sublevadas, terminado el peligro inminente, la generosidad dejó la puerta abierta (en la zona arrancada a la rebelión) a todos los claudicantes de la hora del peligro.

No podemos olvidar que al darles derecho de ciudadanía con la resurrección del Estado mismo, abrimos paso a todas las demagogias españolas.

Se mantienen perenne en nuestra memoria todas las concesiones hechas en nombre de unas conveniencias internacionale, extrañas a la causa misma del pueblo español.

La Unión Soviética, con su pretendida ayuda, organizó a espaldas de los verdaderos intereses populares españoles, la lucha por la hegemonía política de su Partido, a la par que había un mercado interesante en que se le pagaba por avanzado.

Las democracias de todo cariz, europeo y americano, con sus acuerdos de no intervención, hicieron cuanto les fue posible por ahogar la voz del pueblo. La coalición nazi-fascista, descaradamente, hizo de nuestro suelo, terreno de ensayo para sus futuras hazañas.

Y cuando se nos afirmaba que había que huir extremismos...

Que debíamos mostrarnos moderados en nuestras pretensiones.

Que era preciso no dejar traslucir realizaciones revolucionarias...

Se nos quiso adormecer con cánticos de sirena.

A nadie engañábamos, lo sabíamos, pero se jugó con el posible engaño para arrebatar al pueblo una a una todas las conquistas.

Por la canción engañosa de sacrificarlo todo a la victoria, se sacrificó en primer lugar al pueblo mismo.

Al renunciar a todo menos a la victoria, renunciábamos a la victoria misma, pues volvíamos atrás abandonando las conquistas logradas en las horas de sacrificio ignorado.

***

Recuerdos y lecciones que son carne y sangre nuestra.

Por ello no comprendemos hoy ciertas opiniones.

Ni podemos comulgar de nuevo con las mismas pretensiones de convivencia con las exigencias de más allá de las fronteras hispanas.

Ni podemos ni queremos creer en la ayuda desinteresada de nadie.

El desengaño en 1945, cuando el nazifascismo se vio derrotado, costó caro al pueblo español y a las organizaciones clandestinas españolas que tenían derecho a creer en la eliminación del franquismo y vieron la victoria aliada detenerse en los Pirineos.

Y años más tarde Franco se incorporaba a ella, por el buen lado.

Las promesas hechas a los voluntarios españoles en la guerra... agua de borrajas.

Las democracias, pretendidas democracias, regímenes socialistas, y toda la ralea ramplona de roedores de presupuestos que se reúnen en los pasillos de la O.N.U., se codean, se estrechan las manos y colaboran con el aliado de Hitler y Mussolini.

A pesar de la División Azul y del cacareado e inexistente millón de bayonetas franquistas que iban a defender Berlín.

¿Por qué fuerza de razón o lección de experiencia, se nos vuelve hoy con las mismas monsergas de convivencia?

Que se nos conceda, por lo menos, el derecho a tener la suficiente memoria para no olvidar, y la inteligencia para sacar conclusiones.

Para el mañana político que se pretende forjar en España, vuelcan su «cuarto a espadas», el capitalismo internacional, acaudillado por los prohombres yanquis, la Iglesia creadora de «milagros» de reversión política y todo lo podrido del circo mundial cuyo espectáculo «disfrutan» todos los días, todos los países.

No olviden, sin embargo, todos los títeres de ese u otros tinglados de la politiquería, que los jóvenes, los hombres de la generación de 1936 no se han esfumado en el conjunto de adversidades y avatares puestos a su paso.

Aquella generación vive, actúa y se prepara. Consciente de la misión de forja que le corresponde, ella constituye la mejor garantía, la mejor defensa de los auténticos intereess populares forjada en el combate, modelada en las amarguras del exilio y de la lucha clandestina, los de esa generación, no podemos consentir que todo el sacrificio de un pueblo sea vano, para el mantenimiento de viejos privilegios y afanes políticos de una minoría.

Lo vivido nos sirve de lección inolvidable.

Y cuantos pretendan mañana, la prosecución de tristes comedias, con repetición periódica de tragedias como la vivida por nosotros, nos encontrarán frente a sus intenciones.

Si es preciso que sigamos sacrificando nuestra generación, incluso las generaciones que nos siguieron, nos dispondremos a ello, para proteger las venideras, infancia española de hoy, que no estamos dispuestos a inmolar en el altar de los Molochs de la política, claudicante sempiterna ante la fuerza bruta.

En esa posición neta estamos. Y no por cierto por egoísmo, sino por dignidad y visión sincera del futuro.

JOSE MUÑOZ CONGOST

Los intelectuales nos han construído un universo simbólico que se está cayendo, pero que hay que ayudar a que se caiga más deprisa.

PROF. TIERNO GALVAN

FUEGO HUMANO DE LOS ANDES

DE la ya casi mítica Chuquisaca, Charcas después y actualmente Sucre a partir de 1839, nos viene un mensaje de lejanos confinos. Nos llega de aquel Potosí que con 200.000 habitantes en 1700, era la ciudad más poblada de América y proviene de la centenaria Universidad Mayor de San Francisco Xavier en cuyas aulas se formaron tantos hombres ilustres que hoy pesan en la historia continental, tales como Mariano Moreno, Bernardo Monteagudo y cuantos otros insuflaron aliento a la revolución idealista que pasando por los humanistas españoles, cobró alas en el enciclopedismo francés y se materializó en la independencia política de veinte naciones.

Chuquisaca, cuya real audiencia se creó en 1563, se incorporó posteriormente al extinguido en 1810 virreinato del Río de la Plata, que comprendía el Perú, Paraguay, Bolivia, norte de Chile y la Argentina. En homenaje a Antonio José de Sucre, uno de los más leales generales expedicionarios de Bolívar, lleva su nombre y se constituyó en departamento. De allí, de aquella casa de estudios, nos llega este mensaje en forma de libro que firma Carlos Castañón Barrientos y lleva por título «Estudios bolivianos». Este documento de 120 páginas e impreso en la Imprenta Universitaria de la Universidad, viene precedido de un prólogo del notable escritor Morales Ugarte.

El texto que sirve de vehículo para explorar el mundo literario, se sirve de los escritores y poetas bolivianos Osvaldo Molina como una vocación fustrada; de Alcidos Arguedas, el autor del ya universal libro «La raza de bronce», que a la edad de sesenta años fue abofeteado por el entonces presidente de la República, coronel Germán Busch, para demostrarle que provenía de la barbarie y que de la democracia y diplomacia tenía 34 años y las botas claveteadas; del desconcertante Nicolás Ortiz Pacheco, poeta, periodista y bohemio impenitente por sobre todas las cosas; de Marlos Medinacelli que para no verse públicamente en la picota y quedar sin empleo, tuvo que responder a un periodista: «Yo le juro, le prometo, le garantizo, le certifico, le compruebo que jamás, nunca, nunca: he cometido, ningún verso. Soy persona honrada; de la heroína de las republiquetas, como se llamó a Juana Azurduy de Padilla, guerrillera valiente, sacrificada esposa y cariñosa madre de varios hijos que podría servir para dar realce a cualquier espectáculo cinematográfico similar a «Lo que el viento se llevó».

Cada uno de estos personajes vivientes, que han luchado para salvar el Tirol americano y llevar su proclama revolucionaria a los horizontes del mundo, es tratado en su físico y dentro de su medio, tanto por Carlos Castañón Barrientos como por el prologuista Morales Ugarte. Este, particularmente, se viste, lustra y acomoda en el sillón, les satura de ambiente y transmite al lector aquella atmósfera colonial que todavía de un siglo atrás a esta parte integra la sociedad semicolonial. Morales Ugarte en unas cuantas pinceladas nos dice qué inquietudes predominantes preocupaban la mentalidad sedentaria de las glorias potosinas cuando la fiebre de las explotaciones mineras hacía ricos a cuantos tocaban las piedras metalíferas que servirían para hundir en fecha fija los restos del descompuesto poder español. Morales Ugarte, sirviéndose de la sentencia de Palacio Valdés cuando significa que «nuestra sociedad está hecha de una materia tan flúida, que los cerebros llenos se van al fondo: sólo pueden flotar los huecos», tomando al personaje de las solapas dice que conoció a Osvaldo Medina cuando ya era un hombre maduro, que tenía la vivacidad del rayo, para «fulminar una persona no gastaba locuacidad. Con una definición breve, con dos palabras, quedaba embalsamado».

La había tocado vivir en un ambiente con limitaciones para la expansión artística, dice Morales Ugarte. En el medio había aplastameinto intelectual. Por donde pasaba la vista no encontraba más que pasiones inferiores. El talento al fondo. Flotando en la superficie, «con falso brillo, la insolente riqueza de los adinerados, de los afortunados vástagos, herederos de los tesoros proporcionados por las minas de plata de Huanchaca, Pulacayo, Colquechaca. Vidas sin relieve, de placeres fáciles sin ningún ribete de refinamiento. Como ejercicio dominante la lengua acerada, para descuartizar méritos y diseccionar honras. El talento, negado. La preparación, discutida. Estériles y estúpidas indagaciones sobre el árbol genealógico de algún hombre inteligente o una mujer superior. El fallo inapelable salía del círculo de la rutina y la mediocridad».

Vivió, sintió y sufrió ese ambiente. Altivo y solitario, con la mente despejada se refugió en el torreón de su aislamiento, hasta que concluyó sus días este fino observador que vivió tantas tristezas y miserias, agrega Morales Ugarte. «Se puso de parte de los humildes, de los que sufren hambre y sed de justicia, de un trato mejor para el infortunio. Muchos de los personajes de sus cuentos nos hacen estremecer de pesadumbre, de protesta ante los inmisericordes zarpazos de la vida. Perdimos a uno que pudo haber sido el mejor cuentista boliviano, que tenía la pasta, la fibra, la garra de

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Maupassant, de Chejov. Ante todo supo reir, con risa delicada, por melancólica; supo de esa mueca genial cuando devora la tristeza, cuando el llanto está a punto de estallar en marejada, cuando la desgarradura del sentimiento se traduce en la aristocrática curva de una rinsira».

Carlos Medinacelli fue también otro personaje de leyenda que quiso al sufrido pueblo, a la «historia plateresca de la ciudad, a la suavidad de su clima y a la belleza del ambiente. Lo que le resultó insoportable fue la arquitectura de la sociedad. Efectivamente. Plantémonos en esta tierra en los dos primeros decenios del presente siglo. La división de clases es radical, absoluta. Es insolente, petulante y cree firmemente en la diferencia de color de la seangre. Sostiene qu tiene la sangre azul y se denomina aristocracia. Verdad que en la prócer ciudad hubo títulos y pergaminos. Llegaron de la península linajudas familias que dejaron sus vástagos. Cuando vino la patria, perdieron privilegios, prebendas y fortuna, y se replegaron en orgullosa pobreza. He conocido familias, con nutrido historial de cédulas reales y pergaminos auténticos. Se derrumbó el palacio nobiliario y cayó la descendencia en la miseria. Conservaban como antiforario de recuerdos los rancios papeles desteñidos. Veían ese pasado con tristeza. ¡Ah, los tiempos aquellos! Ahora estaban en la República, donde no valía un ardite tales tizonas y golas almidonadas. Sufrían en silencio. Ni un prestamista que soltara unos marevedises para aceptar en empeño el escudo esmaltado de la casa, en una bella miniatura, obra de un orfebre desconocido. Se hundieron en el silencio y poco a poco desaparecieron».

La que vino después, continúa nuestro excelente introductor, cometió la majadería de llamarse aristocrática. Erró al doblar tal título. Si no se hubiera llamado lo que era, plutocracia, a nadie habría llamado la atención. Surgió esta nueva clase de las entrañas de la tierra, sobre cimientos de argento. Fue la boya de Colquechaca, Pulacayo, Aullagas, Ruanchaca, las vetas de leyenda de Porco, pródigas proveedoras de plata. Así nació la otra aristocracia, sin más títulos que la fortuna. Pudo haber sido, de tener elemento dirigente con talento, factor eficaz para promover el progreso de la ciudad de Sucre. Los más se entregaron a la molicie o adoptaron actitudes de capataz, para hacer sentir brutalmente que constituían una clase superior. Se divorciaron por completo del pueblo, al que menospreciaban y humillaban, estableciendo un verdadero abismo en las capas sociales, en una colectividad reducida, que vivían dentro de un régimen que en nada difería del feudal, con amos prepotentes y siervos desposeídos».

Muchos de estos plebeyos enfatuados, nos dice la crónica, podían presentar títulos efectivos de nobleza. «Sus antecesores compraron marquesados y condados. Tan sedientos y apurados de dinero andaban los últimos Carlos y Felipes de la decadencia borbónica, que ofrecieron en sus posesiones de América, al mejor postor, cédulas de rango nobiliario. Así se vio a ricos azogueros, cateadores afortunados, yungueños con peluconas comprar blasones y escudos, como coronación de la valiosa plata labrada de la casa. Pero, rascando la delgada epidermis de la nobleza, quedaba al descubierto la condición ordinaria, petulante, de quienes valían menos que la escoria de las minas. No sabían ser, no podían ser aristócratas. No pasaban de la condición de plebeyos refinados».

Nuestros aristócratas de nuevo cuño son espectaculares por su ridiculez, «por sus cómicos esfuerzos, por alcanzar la distinción, por la chabacana preferencia de sus gustos y aficiones. Como vivían enterrados bajo piñas de plata, sin ilustración de ninguna clase, la emprendían bárbaramente con el idioma y era de oírles dar órdenes a la servidumbre», en altisonantes explosiones del peor calibre. Inmediatamente aparecían sus abuelos que habían puesto trabajo, esfuerzo, perseverancia «para arrancar de las entrañas de la tierra sus tesoros. Algunos manejaron la barreta y vistieron calzón de bayeta de la tierra, ascendieno penosamente en el peldaño social. Los que siguieron ya no supieron trabajar; se acoomdaron en una vida de holganza y dejaron que se derrumbara la fortuna. No supieron mantener en alto la piqueta que esgrimieron las manos calludas de los fundadores del linaje. Inútiles, parásitos, decadentes, se sumieron en la ruina y la miseria, sin conservar vestigio de sus blasones. Se cumplió al pie de la letra el dicho castellano que tan buena aplicación tuvo en países agrícolas como la Argentina: «abuelo, chacarero; hijo, caballero; nieto, pordiosero».

El mundillo aldeano descrito le resultó insoportable a Carlos Medinacelli, y se fue a Potosí para proseguir los estudios en el Colegio Pichancha. Allí se encariñó con el ambiente, que difería mucho del de su ciudad natal. Aquí había más llaneza, más estimación por el trabajo, un reconocimiento al esfuerzo creador. Casi todos trabajaban en las minas, conociendo los rigores de la persecución de los filones. Los hombres se reunían en el Círculo Social, para hablar de negocios, en ropa de trabajo, haciendo resonar en el piso reluciente el estruendo de las botas empolvadas. El dinero igualaba a todos, los mejores títulos eran los billetes, la nobleza constituía en deslumbrar con una boya estupenda y la mejor ley de los metales. No valían nada los maniquíes vivientes de la última moda. La jerga inglesa, lanuda y abrigada, cubría el cuerpo de estos hombres curtidos, que conocían de las inaccesibles oquedades donde se esconde la casiterita».

El conocimiento del mundo no cambia al mundo.

C. MARX

Muchos prejuicios sociales quedaban borrados. Se creaba la igualdad entre las personas y se admitía sin escrutinios genealógicos a todos los hombres de trabajo. El círculo cerrado de los intransigentes estaba formado por algunas cuantas familias, que vivían la ficción del siglo XVIII, sin miriñaque, sin privilegios, arrolladas por la invasión de los nuevos conquistadores de las minas. No alcanzaron a vivir para ver que la Montaña Mágica, el Cerro Excelso pasaban a poder del pueblo, al que desde tiemo inmemorial pertenecían», como todo lo creado por la naturaleza.

Para explicar la humillación a que fue sometido Alcides Arguedas, preciso es referirse a una serie de atrículos que con su pluma de cauterio, el escritor denunciaba los infelices resultados de la guerra con el Paraguay. En un párrafo manifestaba que resultaban muy maravillosas las tierras del Chaco que, con solo haberlas pisado, hacían surgir estadistas y hombres de gobierno. Nuestro excelso embajador Morales Ugarte añade que alguien tomó la alusión cofo saetazo directo, y sucedió lo monstruoso. La fuerza bruta atropelló a un hombre, a un artista. La bofetada recibida fue una afrenta a la inteligencia de América. Fue una notificación al país de que no tendría ninguna consideración por la inteligencia. Una repetición en el hecho de los exabruptos lanzados desde el otro lado del Atlántico por los inolvidables Millán Astray y Queipo.

El gobierno de Busch había surgido de un golpe militar. «No se pierda de vista, continúa Morales Ugarte, que fue implantado en 1937, a los cuatro años de la ascensión al poder de Hitler. Nuestros nazis altoperuanos no podían hacer menos que tomar como modelo al audaz usurpador y seguir sus métodos de violencia. De ahí la cancelación del parlamento y declaratoria de gobierno dictatorial. Todo con carátula de un socialismo, entremezclado con procedimientos nazis y fascistas que, con vistosos rótulos, consiguieron atrapar a la clase trabajadora para forzarla a fabricar una terrible maquinaria de guerra. Uno que otro parche aplicado a la primera legislación social representada por la ley de accidentes del trabajo; algún secuestro a una capitalista minero; dos aplicaciones de la pena de muerte por delitos sexuales y una incumplida disposición de la entrega total de las divisas obtenidas por la minería al Estado, con el aditamento de la censura de prensa y persecución a los opositores, constituyen el balance del «avance socialista» expuesto por una dictadura. Ex liberales, ex republicanos, ex todo, los tránsfugas del palo ensebado de la política formaban el elenco de asesores, manejaban la tramoya y eran el sedante bienhecho de los accesos de furia del gobernante.»

Pero no hay para qué engañarse. Fue un gobierno según receta nazi, «condimentado al gusto criollo, con salsa picante y fuerte guarapo, para que no faltaran estimulantes para la cancelación de la libertad, que era el plato apetecido del ágape. Como norma, mano fuerte, menosprecio por la ley, considerar como debilidad todo acatamiento a las normas jurídicas y ninguna estimación por la inteligencia. Estaba dada la dirección por el ministro de propaganda de Hitler; «Cuando oigo hablar de inteligencia, siento impulso de llevar la mano al revólver.» Eran muy pintorescos «los socialistas altoperuanos, incubados en la llamada «generación del centenario». Con mentalidad formada por la filosofía liberal, eran socialistas a su modo, a este augusto suplicio burgués que siempre ofrece explicaciones. Fácil se advierte como la violencia se tomó el desquite.

Y luego de un recorrido por el oasis Ortiz Pacheco, este expositor nos dice que el poeta «vivió dos vidas, pudiendo entenderse como un caso de «vigilambulismo espiritual o desdoblamiento de la personalidad. En la época de abstemio, era el individuo intelectual, sediento de saberes e impresiones estéticas, culto, cortés y ocurrente, dedicado al estudio y al ensueño donde hacía un repaso melancólico de su conciencia. Después de este remanso venía la crisis de dipsomanía, descendía el caballero de su sitial para dar cabida al lacayo abyecto, y se hundía en el espeso légamo del tóxico, hasta el embrutecimiento, hasta la degradación. Conocía sus flaquezas. No usaba vericuetos de la hipocresía. Ahí desapareció en la bruma de las cosas muertas.

Consigna Morales Ugarte que después de «una guerra de conquista nos dejaron sin mar, sin siquiera una ola, para descomponer el prisma de nuestro desconsuelo. América tiene una espina en la garganta mientras no solucione tamaño agravio. Aunque se les llame indios a los bolivianos, y se fijen en la miseria que se aturde con coca, con chica, con quena, legados de un pasado esplendoroso, no es deshonor haber sido derrotados en pelea. Deshonor es haber sido vencidos y humillados por hermanos y vecinos poderosos. Nosotros, los hombres libres de América toda, desde el Cabo de Hornos hasta Alberta, siempre estuvimos dispuestos a la defensa de las víctimas. El problema boliviano es tan íntimo como el paraguayo y ningún desinteresado componente de nuestra comunidad elude su parte de responsabilidad para reparar la injusticia.

«La autonomía del intelectual, inherente al hecho del conocer, se incompatibiliza con la servidumbre a un poder».

PROF. ANGEL DE JUAN

Admiramos en mucho la cultura autóctona de los pueblos americanos y a cuantos ayer fueron colosos para ahora descender al humilde plano por obra de circunstancias. La aristocracia de los herederos de Moctezuma, de Huaina Capac, Caupolicán y Atahuallpa, la entendemos en el grado de su desesperante servidumbre como la bofetada en el rostro del gran Alcides Arguedas. En efecto, Bolivia reclama su participación en igualdad de condiciones al disfrute del cielo y del mar. Con auxilio del roto, que muestra la facela dolorosa y explotada como maca por el capataz al servicio capitalista; con el sufrido minero boliviano, que después de ruda faena no contará más que con puñado de porotos, y un pedazo de pescado y vino barato. Esos obreros, esos trabajadores construyen las grandes fortunas de los únicos que gobiernan en Chile y gobernaron en Bolivia, gastando el dinero proveniente de las espaldas desolladas en las grandes capitales europeas. Los conservadores, los oligarcas, los plutócratas, los que «se sientan en opulentas mesas que tienen las patas hundidas en el guano», de uno al otro lado de la frontera son los enemigos comunes. Por derecho humano, los humildes, los infelices, los explotados de cualquier parte de América, sin distrinción de fronteras, son los que asumirán la responsabilidad del futuro. «Un mismo abrazo de solidaridad ante la desdicha abarca a rotos, indios, gauchos, llaneros y a todos los encadenados por la sociedad capitalista».

En el despotismo, la brutalidad, la despiadada persecución del dinero, el egoísmo desenfrenado, la violencia, el despotismo de los bajos apetitos y cuantos otros factores en la sociedad actual a la permanencia de la desigualdad, han sugerido a Morales Ugarte estos escorzos de Castañón. Ha sido una visión retrospectiva, un regreso al pasado para el reencuentro con figuras que algo tenían que decir, prematuramente separadas de la comunidad y olvidadas por este gran medio humano, esta facultad reparadora de los peores males.

La prosa de Castañón Barrientos es justiciera, vivida, entusiasta. No tiende a la desemperación ni a lamentaciones de otros tiempos. Juzga la obra de los hombres tal como fueron, «sin falsas idealizaciones de una crítica literaria donde las personas siempre tienen que estar vestidas de gran parada. También les sorprende en calzoncillos. Con lenguaje correcto, hace las correspondientes presentaciones, sin actitudes dislocadas ni amaneramientos ridículos. Con mucho de sobriedad indígena y tranquilidad andina, estos dos personajes vivientes de la cordillera, nos hacen saber que también allí, en aquellos valles, entre las soledades también palpita el mundo, con los problemas del devenir eterno que preocupa a las mentalidades ilustradas del siglo.

Castañón Barrientos y Morales Ugarte son dos de los «pocos jóvenes escritores con que en la hora actual cuenta» el antiplano en nuestra generación. Después de Guzmán, Lara, Gosálvez, Fernando Díaz de Medina, Cerruto, Otero formados en aquel esfuerzo de sacrificios como lo fue la guerra del Chaco, escriben porque les gusta. Refugiados en sus distantes ciudades, expanden sus emociones porque tal es su destino; porque «tienen sensibilidad estética». Con esa llama de fuego interior que todo abrasa, nos traen en estos ensayos bolivianos el acento de aquella tierra toda sueños y la orientación del pensamiento literario.

CAMPIO CARPIO

«Los hombres hacen buenas las doctrinas o las hacen malas porque son ellos al fin los vehículos que las llevan».

«Pablo», F. MORO. Precio, 1 F. en CENIT

Las imágenes del sudor

HEMOS de ganar el pan con el sudor de nuestra frente. Hay que decir de la NUESTRA, porque muchos creen todavía que el pan puede ganarse con el sudor de la frente ajena. En casi todos los países del mundo (y aquí casi el CASI es casi una concesión), aún pueden vivir los que no sudan, lo cual es increíble; pero es mucho más increíble que en algunas naciones civilizadas y cristianas no puedan vivir los que sudan. Porque vivir mal, más es morir que vivir...

El sudor no es igual en todas las frentes y en todos los rostros. Los hombres sudamos diferentemente, según el trabajo que hacemos. Cada sudor tiene su imagen.

Así, por ejemplo, a los que fabrican armas homicidas y anzuelos, el sudor parece que les ensucia la cara. (No siempre debe decirse ROSTRO).

Y los cazadores y los toreros sudan salivilla (dicho sea sin ánimo de molestarlos). ¿Quién les escupe a la frente?...

En cambio, a los maestros de escuela el sudor les perla el rostro, los baña de agua bendita y hasta los perfuma. Yo vi una noche, en sueños, cómo unos arcángeles «contrabandistas» repartían en el cielo, entre las ONCE MIL VIRGENES tarritos de la más codiciada esencia: «SUDOR DE MAESTRO DE ESCUELA».

¿Y qué del sudor del buen panadero?: Si el pan es siempre tan rico, no es porque la harina sea oro, sino porque las gotas de sudor del santo panadero son diamantes que caen en la masa.

Y el sudor del josefino carpintero barniza de luz las camas del amor y del reposo, las cunas de la esperanza, los ataúdes del eterno descanso y hasta las cucharas de palo de los pobres presos.

Pues, ¿y el sudor, tan rebrillante al sol, del sufrido y esperanzado campesino, siempre inclinado sobre la tierra, como una interrogación anhelosa?: Más agradece la huerta las gotas que le caen sudadas que las que le caen llovidas del cielo, pues que con éstas el campo se riega sólo de agua, mientras que con las otras se riega de gracia: de una gracia que es como el vinillo alegrador de las plantas y de los árboles frutales...

Y el sudor del sastre condecora el paño.

Y el sudor del zapatero lustra el calzado.

Y el sudor del herrador, platea los clavillos de la herradura.

Y el del digno lavaplatos, regala collares de perlas a la Humildad.

Y el de los heroicos mineros (¡esos sí que merecen todas las condecoraciones!) no resbala en gotas, sino que salta en chispas, al parecer apagadas. Sólo AL PARECER, porque, cuando la tragedia ocurre, y los pobrecitos mineros quedan sepultados en la entraña de la tierra, esas chispas los alumbraban como velas funerarias.

El sudor de toda buena fatiga es bello.

En cambio, el sudor de los trabajadores del mal, es feo y apestoso.

ALFONSO VIDAL Y PLANAS

AUTOBUSES G.

Recuerdos de la guerra civil

TRANSPORTES Públicos Urbanos de Barcelona, siempre de acuerdo con el Sindicato de Comunicaciones y Transporte, trazóse una línea de conducta tan grande, humana y justa, que sólo la Revolución española de 1936 ha hecho en la revolución de los pueblos y de la Historia...

Aunque cada una de las Secciones disfrutaba de una autonomía en el sentido de organización y extensión de ideas en pro de todo cuando significase perfección y adelanto, no era menos cierto que cada una de ellas debía exponer sus proyectos en reunión general de todos los Comités o Consejos de Secciones.

A pesar de que cada una de ellas estaba representada también por su delegado sindical respectivo, no era óbice para que la Junta del Sindicato enviase un delegado directo y todos con derecho a intervenir en la discusión. Con esta forma de proceder era imposible que ocurriese el hecho de roce, que, beneficiando a una Sección, pudiese a la par perjudicar a otra.

Una de las bases fundamentales de los Transportes Públicos Urbanos, fue la solidaridad entre todas las Secciones; más aún, solidaridad hacia otras Colectividades siempre que se justificase la necesidad, y las cajas lo permitiesen. En el transcurso del tiempo, de la lucha, de la Revolución; la quinta columna trabajaba entre cortinas, boicoteando, en general, a todas las Colectividades de la C.N.T., lo iré demostrando. Si bien Autobuses G., su desarrollo y progreso lo probaba ante sus obreros y ante el pueblo barcelonés en general los que todos beneficiaban del esfuerzo, entusiasmo y capacidad de los mismos obreros y técnicos, como asimismo las demás Secciones del Transporte Público Urbano, no es menos cierto que, al transcurrir de los meses, la lucha ya en las trincheras, la guerra organizada y todos los engranajes del Estado organizados, sufriese Autobuses G. las consecuencias de una parcialidad manifiesta y probada, de un boicoteo descarado y cruel organizado y dirigido por los hombres que representando a Partidos se habían apoltronado ya en los puestos de «ordeno y mando».

Lo recuerdo y escribo como si aún viviese aquellos momentos, y autoridad moral tengo para historiarlo, puedo decir que la batalla de toda la política se entabló ya, además de contra la Confederación Nacional del Trabajo, de una manera específica contra los Transportes Públicos Urbanos y Autobuses G. de Barcelona, las dos Secciones mayoritarias en hombres, en organización y en potencial militante. Que no es querer decir superior a las otras Secciones más pequeñas en sentido general de la palabra.

Así pudimos vivir una serie de hechos que, a causa de nuestra «ingenuidad sentimental», iban cuajando a través del tiempo para asestarnos golpe tras golpe... Hasta llegar al extremo insólito, desvergonzante, ruin y odioso que pudimos vivir en la Conserjería de Economía de la Generalidad de Cataluña regentada ya por el inolvidable y fatídico Comorera, «jefe» del entonces P.S.U.C. (Partido Socialista Unificado de Cataluña).

Autobuses G. sufría ya las consecuencias de aquella revolución memorable. Como las sufrían todas las Colectividades y pueblo en general. Si bien los autobuses salían a la calle, la falta de ciertas piezas que de Alemania, Checoeslovaquia, etc., debíamos recibir, nos obligaba a restringir el número de coches. Divisas eran imprescindibles. Para ello, pues, el consejero Comorera debía autorizarnos y legalizarnos la obtención de divisas.

¡Qué malvado fue aquel hombre! A la necesidad nuestra nos contestó: «Mientras yo esté aquí, en este puesto, no autorizaré nada para Colectividades de la C.N.T.» Comorera, pues, era uno de los más acérrimos enemigos de las Colectividades.

Siempre de cara al Pueblo y para el Pueblo, Transportes Públicos Urbanos adoptó una resolución que revolucionó a todo Cataluña y España. De acuerdo con la Escuela Unificada de Cataluña y en aquellos momentos en su representación los compañeros Puig Elías, y otro más, joven (siento no recordar el nombre, pues era un maestro entusiasta y activo), todos los niños y niñas que iban a la escuela y obligados a coger el autobús, tranvía o Metro, viajarían gratis a las entradas y salidas de las escuelas.

Para tal efecto, y pagadas por Transportes Públicos Urbanos, se crearon unas plaquitas en metal. Cada niño y niña estaba obligado a llevar puesta la susodicha placa en su pecho.

La inscripción de la plaquita era: «Escuela Unificada de Cataluña», en un extremo. En el otro: «Transportes Urbanos de Barcelona». En medio, iluminando la plaquita las tres letras «C.N.T.».

El tiempo transcurría normalmente, pero la cizaña y boicoteo trabajaban.

A los niños se les robaba las plaquitas, lo que les impedía viajar sin pagar. Por contra y a todas horas, subían sobre todo en Autobuses G., y siempre tres o cuatro juntos, jóvenes de 16 a 18 años, portadores de las plaquitas robadas a los niños. Provocadores siempre, exhibían sus plaquitas diciéndose estudiantes. A la observación del cobrador, respondían con la amenaza.

Una vigilancia severa de compañeros y más severa respuesta a aquellos intrusos acabó con el plan de boicoteo y provocación que se les había encomendado. Después comprobamos que eran juventudes de Comorera.

Otro hecho que justificaba el plan bien premeditado del consejero Comorera y su partido en contra de la C.N.T. y en este caso Autobuses G.

Si bien ya en plena guerra interasaba más la victoria que todos deseábamos, que no otros objetivos de segundo orden, se hacía imprescindible el servicio de Autobuses en la calle para servicio del Pueblo, para servicio de guerra y más aún de refugiados de Aragón, que tan admirablemente dirigía casi únicamente S.I.A.

Autobuses G. liquidaba ya en déficit por distintas razones. En plena guerra vivíamos.

Un gran número de compañeros cobradores y conductores empuñaban un fusil en lugar de la cartera y el volante. Las plazas iban siendo ocupadas por mujeres. Los autobuses, a fuerza de exceso de trabajo y desgaste de material, iban quedando en el garaje. Comorera no autorizaba ni legalizaba el importe de piezas que del extranjero teníamos necesidad. A esto debía unirse el acto de provocación y sabotaje que se nos venía haciendo por los mismos que debían defender la Revolución española.

Obediendo a órdenes del P.S.U.C. y otros, los guardias de asalto subían a los autobuses en número de dieciocho y veinte, y más. Sentados y provocadores intimidaban al compañero cobrador a la menor observación que les hiciese.

Y en lugar, por ejemplo, de una recaudación de 250 ó 300 pesetas, el cobrador sólo liquidaba hasta 50 pesetas. Uno de esos guardias provocadores y con el cual tuve una gran discusión al increparle yo de que en lugar de defender los intereses del Pueblo, de la guerra y de la Revolución no hacían más que sabotearla, me lo encontré en el campo de concentración de Bram, quart. A, del que tanto tiempo fuimos moradores. Hablamos, le recordé, y avergonzado me explicó un poco de historia.

La obra y plan de partido, y la obra y plan de toda la política iba destrozando la República, la Revolución. Mientras en los primeros tiempos se vivía sin egoísmo y fraternalmente, ni guardias, ni secretarías, ni Ministerios, y las Colectividades desarrollábanse normalmente, ya todo organizado después políticamente, las trabas y los inconvenientes se medían a velocidad del relámpago y por doquier veíase la guerra declarada en contra de la Confederación Nacional del Trabajo.

Contra tirios y troyanos los Transportes Públicos Urbanos de Barcelona seguían su marcha.

Fracasaron todos cuantos intentos inventaron Comorera, partidos, grupos y personalidades, tendentes a «apoderarse» de los Transportes Urbanos y hacer desaparecer unas Colectividades ganadas en buena lid y dirigidas y administradas por los mismos obreros.

No obstante lo dicho anteriormente, cierto día y a la una de la madrugada, el local de cocheras (garajes), talleres, almacén, oficinas y sobre todo diferentes secretarías que responsablemente ocupábamos cada uno de nosotros, son asaltadas por un gran número de guardias de asalto. ¿Enviados por quién? Por los que en los primeros momentos de la guerra civil no tuvieron la hombría de dar la cara y cobardes eran de no saber por quién decidirse. Después ya, alardear de sabiondez y fuerza porque ésta descansaba en la dirección de sus manos. Autobuses G. fue asaltado y saqueado y gracias a la serenidad de los pocos compañeros que allí estaban la cosa no pasó a mayores.

Y... se llegó a la creación de la Ley de Colectividades que no sabemos a dónde nos hubiese llevado... La tragedia del abandono y exilio se precipitó. Pero, eso sí, ya veíamos desde hacía tiempo que la política no se daba por vencida, y vencernos, por el contrario, quería.

Autobuses G. estaba al servicio del Pueblo, de la Revolución. Y en medio de los bombardeos de que era objeto Barcelona por parte de los aviones italianos y alemanes al servicio del general Franco y del fascismo, los autobuses marchaban repletos de preciosa carga que de las diferentes estaciones trasladaban hacia puntos apartados de la ciudad como Sarriá, Guinardó, Gracia, etc. Era aquella carga humana, mujeres, niños y ancianos aragoneses que obligados veíanse a abandonar los pueblos refugiándose en la capital catalana.

Si yo puedo hablar largo y tendido sobre lo que significaba aquel cuadro, más podría hacerlo Solidaridad Internacional Antifascista (S.I.A.), que era la que organizaba la dura tarea de distribución de los miles y miles de refugiados de Aragón, a puestos de cobijo y seguridad, de alimentación, de vestimenta, etc.

Que hable Servicio de Guerra, al cual Autobuses G. no regateó todos cuantos servicios de transporte necesitaba.

El Sindicato de Comunicaciones y Transportes, la Confederación Nacional del Trabajo tenía en los Transportes Públicos Urbanos sus más acérrimos defensores y no menos entusiastas y convencidos representantes.

J. BASSONS

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

DE MI CALENDARIO

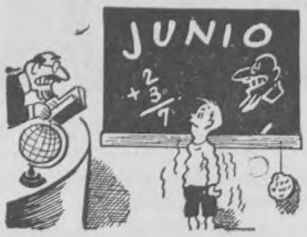
30 de junio

¿QUE prevalece en el desarrollo de de la verdadera cultura humana: el saber o la sensibilidad? ¿Cuál es el factor determinante del progreso, que se manifiesta en doble sentido, cualquiera sea la época histórica o el momento social? ¿Es la razón rigurosa, fría, lúcida, de la mente; o el corazón palpitante, impulsivo, que quiere abarcar el mundo todo o se retira en su propio universo de dichas y tormentos?

Estas preguntas surgieron una vez más, al leer el breve pero tan penetrante y comprensivo ensayo de Romain Rolland, que sirve como introducción a una selección de los escritos de J.-J. Rousseau. Y la respuesta me la dio el autor de la «Crítica de la Razón pura», Kant, cuya moral parece congelada en un rígido sistema metafísico. «Estremecido al leer **Emilio**», iluminado por el **Contrato social** en el que descubrió el principio de «la libertad que es la característica del hombre, Kant tuvo que reconocer con la humildad de un honesto pensador:

«Hubo un tiempo que pensé orgullosamente que el saber constituía el honor de la humanidad, y despreciaba al pueblo ignorante. Rousseau ha sido quien me ha abierto los ojos. Esta ilusoria superioridad se ha desvanecido: he aprendido a honrar a los hombres.»

Pero la sensibilidad intuitiva no excluye a la razón objetiva y constructiva. De otro modo, Rousseau mismo no hubiera escrito obras tan diferentes, tan contradictorias en apariencia como **Contrato social** y **Confesiones**, como sus **Discursos** y **Nueva Eloísa**. La verdad esencial se halla siempre en **le juste milieu**, en la síntesis vital de los extremos. Tolstoi, hondamente influído por Rousseau, es otro ejemplo de equilibrio —tardíamente logrado— entre la sensibilidad tempestuosa y la razón que clarifica, serena y consoladora. Y lo mismo se puede decir de Romain Rolland, intérprete de los genios creadores en el mundo del Espíritu y compañero de lucha en las arenas, frecuentemente ensangrentadas de las realidades sociales.



17 de junio

Exponiendo ciertos aspectos del «pensamiento vivo» de Thoreau (1817-1862) — el solitario filósofo y el rebelde naturalista norteamericano, autor de **Walden** y del **Diario** que se lee hoy todavía, con interés por sus conceptos adetantados y muy a menudo demoledores, y con encanto por sus descripciones poéticas y sus comuniones terrestres y cósmicas— Theodor Dreiser, otro escritor norteamericano, novelista realista, pone de manifiesto la honda intuición de su mente que, más de un siglo antes, ha expresado uno de los secretos más conmovedores de la «condición humana».

Según Dreiser, el hombre puede no ser más que un aparato de radio o de televisión. Así como una estación de televisión distribue las voces, los colores, las formas, los movimientos, las ideas y los sentimientos por medio de sonidos y gestos, así también ciertas fuerzas extraplanetarias pueden ser difundidas en este planeta por medio de la vida humana. «Esto —afirma Dreiser— lleva a la conclusión lógica que la gran masa de datos tiende a demostrar que el hombre es una herramienta o instrumento cósmico. Pero nuestro mecanista científico (Thoreau) se niega a llegar hasta ese punto. Alega que todavía no ha reunido suficientes datos que justifiquen una deducción tan esotérica. Debemos esperar. No menos cree el idealista en la ley cósmica... Supone que ello puede ser la obra de alguna fuerza superior en el continuo materia-espíritu-espacio-tiempo..., algo que habita y dirige aquello que en todas partes aparece como materia-energía dirigida..., algo que hace y debe hacer la materia-energía».

Pero lo cierto es que Thoreau no consideraba al hombre como un mero organismo social o como parte de este organismo. Para él, el hombre «es un organismo universal, un miembro del universo».

Si descendemos de estas alturas filosóficas o «esotéricas» a las realidades terrestres de todos los días, al hombre sometido al mismo destino biológico —sea él un pensador genial o un sencillo labrador— el sentimiento que acerca y une al hombre a su semejante es **la amistad**. El elogio que Thoreau hace de la amistad es, quizás, único por su idealización exaltada, a la vez hondura y elevación:

«Cuando me acerco **al otro**, en la realidad, acostumbro a sorprenderme de mi elección. Pudiera ser que nos hayamos encontrado en **algún tiempo**, y ya nunca podemos olvidarlo. En uno a otro tiempo nos hacemos el uno al otro esa maravillosa galantería, contemplándonos largamente, humanamente, divinamente el uno al otro, y ahora estamos destinados a conocernos eternamente... Nosotros nos comunicamos como las madrigueras: en silencio y en la oscuridad, bajo tierra. Estamos socavados por la fe y el amor.»

Parador Salus Minas, 3 de febrero 1965

A Odette Meunier (Francia). Recibí, amiga, su última carta en vísperas de salir con Ana —para dos semanas por lo menos— hacia la región un poco «montañosa» del Uruguay, apenas 200 a 350 metros sobre el nivel del Río de la Plata, pero bastante lejos de su humedad, de sus remolinos de viento, de sus chaparrones y de su horizonte brumoso, con barcos que se dirigen hacia su Europa. En fin, un poco de reposo después de casi tres años desde nuestro regreso de Suiza.

Y este clima salubre, de aire puro y seco, en medio de los altos bosques de eucaliptos, de palmeras, de alcornoques, de cipreses y otros árboles subtropicales hermanados con pinos añosos, con encinas y hayas, y las fuentes que surgen de las rocas de dolomita, nos ha reanimado desde los primeros días, haciéndonos olvidar las dolencias que nos agobiaban en Montevideo. Paisajes idílicos y aún «pastorales» en torno nuestro... Pero no se puede olvidar que la sequía hace estragos en casi todo el país, desde dos o tres meses; que decenas de hectáreas de montes están ardiendo cerca de Minas; que las cosechas y los pastos se queman también bajo el sol implacable; que los arroyos bajan y desaparecen, y que en otras partes el granizo como nueces destrozan los viñedos, los vergeles...

Eso es lo que relatan los diarios de los últimos días, y nosotros nos sentimos al abrigo, en este refugio temporario, pero avergonzados y hasta con remordimientos por las desgracias que azotan ahora a este país hospitalario, y a otros más, en este planeta que gira con sus hormigueros humanos. Lo sé: eso también pasará. Ya que todo pasa, para volver a empezar en la eternidad estrellada.

2 de marzo de 1965
(en mi 70 cumpleaños)

Siempre he pensado, en mis empeños y cansancios, que el verdadero escritor se muere con la pluma en la mano. Y así he contestado a mis familiares y amigos que me instaban de «no agotarme trabajando tanto» y salir de «vacaciones», sin hacer nada.

Y he ahí que en **El mundo visto a los ochenta años**, del infatigable y recio investigador científico que era Santiago Ramón y Cajal, he descubierto con agrado (con esa satisfacción de la concordancia que une a los trabajadores intelectuales y manuales por encima del tiempo y del espacio) el mismo pensamiento, pero expresado con la ruda franqueza del médico que buscaba los secretos de la vida a través de los cristales del microscopio.

«Si eres labrador —decía— pide a Dios que te sorprenda la muerte plantando un árbol; si escritor, ruégale que la Implacable te fulmine con la pluma vibrante, reclinada sobre las albas cuartillas, el más bello de los sudarios...»

Y agrego algunos renglones sacados de la Antología de pensamientos de Manuel González Prada (selección y prólogo de Campio Carpio, 1947). Lúcido y firme, este gran escritor peruano fallecido al principio de nuestro siglo, también con la pluma en la mano, nos advierte en sus páginas testamentarias:

«Si con la muerte no queda más refugio que el sentimiento mudo, porque toda rebelión no es sólo inútil sino ridícula, con la vida nos toca la acción... No pedimos la existencia, pero, con el hecho de vivir, aceptamos la vida. Lo que fuimos, lo que somos, nos lo debemos a nosotros mismos. Lo que pdamos ser, nos lo deberems también. Para marchar, no necesitamos ver arriba, sino adelante.»

Ver y luchar hasta el último día: «Cuando vengas tú, supremo día, ya no quiero en torno mío llantos, quejas ni ayes... Y si algo en mí no muere, si algo al rojo fuego escapa, sea yo fragancia, polen, nube, ritmo, luz, idea.»

EUGEN RELGIS

Mentiras de J. M. Gironella

«No se incoó expediente oficial contra la C. N. T. - F. A. I., pues ésta amenazó con retirar de un golpe todos sus combatientes de primera línea».

«Un millón de muertos», pág. 455.

LA VIDA Y LOS LIBROS

REFLEXIONS SUR L'ANARCHISME (Reflexiones sobre el Anarquismo), por Maurice Fayolle. Publicado por «Le Monde Libertaire», París, 1965.

Se trata de un excelente librito de 71 páginas, cuyo contenido se estudia en tres partes o capítulos: I) Sobre la organización del movimiento; II) Sobre la organización de la Sociedad, y III) Sobre la filosofía anarquista. Raramente se encuentra en tan pocas páginas una exposición tan clarividente del anarquismo. El librito ha sido formado con una recopilación de artículos aparecidos con anterioridad en «Le Monde Libertaire».

A continuación damos la traducción del primer estudio contenido en el primer capítulo, por su interesante conclusión referente a los ácratas ibéricos.—**V. M.**

GRANDEZA Y DEBILIDAD DEL ANARQUISMO

Hace ya más de un siglo que Proudhon, lanzando a la faz de una burguesía indignada su famosa acusación: «La propiedad es el robo», firmaba el acta de nacimiento del anarquismo **social.**

Yo preciso bien: el anarquismo social, y lugar es aquí para establecer una distinción que precise claramente los alcances del problema.

El anarquismo, al ser una **negación** de la autoridad impuesta por el prójimo y una rebeldía del hombre esclavizado, es una reacción natural casi tan antigua como la misma humanidad. En todos los tiempos, ha levantado a los hombres, individual o colectivamente contra todas las opresiones, fueran de orden familiar, social, político o religioso. Este anarquismo se ha expresado siempre en el gesto de rebeldía —una rebeldía en estado puro y natural, cuyas raíces se hundían mucho más en el instinto que en la razón. Pero el anarquismo, al ser **afirmación** de un orden nuevo, deseo expresado y definido de una transformación de las estructuras de la sociedad, cambio en las relaciones entre los miembros de la sociedad humana, este anarquismo data del último siglo.

Fue así como el anarquismo, luego de una larga incubación de varios siglos, ha sufrido una súbita mutación. Con la pluma de una serie de pensadores prestigiosos y sin renegar en nada de los orígines que le habían dado nacimiento, se completa volviéndose una ideología social que, más allá de la crítica pura, traía una respuesta para las cuestiones planteadas. Añadiendo una indispensable afirmación a lo que hasta entonces había sido una simple negación, había cesado en ser la sola expresión de la rebeldía pura e instintiva para volverse el espíritu consciente y razonado de la revolución.

Hoy, después de un siglo de existencia, el anarquismo tiene un pasado. Un pasado a la vez glorioso y decepcionante.

Glorioso, porque, con la prodigalidad que testimonia su gran riqueza ideológica, el anarquismo ha lanzado en el circuito del pensamiento a una multitud de ideas, de las cuales cierto número se han vuelto realidades, de las cuales cierto número están en vía de realización. Igualmente glorioso, porque un puñado de hombres de convicciones ardientes se enfrentaron, con la pluma, la palabra o el gesto, a las bastillas sociales que parecían inexpugnables y, pagando a menudo con sus vidas, lograron zarandearlas. De Tokio a Barcelona, de Chicago a Moscú, de Londres a Roma, los anarquistas han pagado el mayor tributo en las luchas por la emancipación humana.

Pero también decepcionante, puesto que, a pesar de una ideología sencilla, clara, lógica, racional; a pesar de una fe casi religiosa que llevó a sus héroes a todos los cadalsos del mundo, en donde mostraron el valor de los que saben morir por una noble causa y están persuadidos de servirla por su sacrificio; a pesar de un aporte constante y, ¡por desgracia!, demasiado a menudo efímero, de jóvenes discípulos entusiastas, el anarquismo nunca ha llegado, en ningún país del mundo, a volverse una fuerza determinante. Mientras que, en la segunda mitad del pasado siglo, sus posibilidades parecían ciertas, mientras que una gran parte de los intelectuales se habían unido a su causa o se encontraban influenciados por ella, el anarquismo nunca llegó a constituirse en un movimiento de envergadura, para adquirir así el peso político que habría debido normalmente valerle su radiación espiritual. Verdad es que se multiplicaron los grupos, pero su duración era con frecuencia efímera y su armazón se mantenía esquelética.

¿Por qué este estancamiento cuando las circunstancias parecían propicias, estancamiento seguido, precisa bien decirlo, con una regresión a causa del triunfo de los marxistas en Rusia?

Numerosas son las explicaciones —e insuficientes—. Reside una de las causas principales, sin equívoco, en la demasiada gran riqueza de una ideología que, desde su nacimiento, se explayó en un número inverosímil de ramificaciones, confinando así a los adeptos en una multitud de escuelas, que no tardaron en transformarse en otras tantas capillas rivales. Hubo así anarquistas comunistas y colectivistas, socialistas e individualistas, sindicalistas y antisindicalistas, ateos y cristianos, violentos y no violentos, pacifistas y revolucionarios, etc., ¡sin detallar aún más! Dispersión cuyo doble resultado fue sacarle toda seriedad al anarquismo y diluir sin resultados apreciables las posibilidades financieras y la energía de los militantes. Y el solo lazo que unía a todas esas diversas fracciones se reducía a una serie de negaciones: el Estado, el Ejército, la Policía, la Iglesia, etc.

Por consiguiente, nada se edifica encima de negaciones. **La negación sólo se justifica en la medida**

donde es un preludio a la afirmación. El mérito de los pensadores o de los propagandistas que, en el siglo último, forjaron al anarquismo social, fue precisamente el marginarlo del solo aspecto negativo de la rebeldía, para dotarlo del aspecto constructivo de la revolución. Enseñanza que la gran masa de los militantes no supo o no quiso desgraciadamente escuchar. Valientes hasta el sacrificio de sus vidas en la lucha contra la sociedad, no supieron hacer el esfuerzo intelectual que les habría permitido sobremontar la especie de enfermedad infantil que desmenuzó al anarquismo y le cerró las puertas de una historia, que, sin embargo, estaba bien dispuesta a escoger a este recién llegado.

He aquí, pues, la gran debilidad del anarquismo: su inaptitud a la organización. Inaptitud que va, en algunos, hasta la repulsión y el rechazo. Encarrilado por esta vía, era desde entonces inevitable que el anarquismo al estar confinado en la práctica más o menos esotérica de una filosofía sin unión con el mundo vivo, no pesaba en el desarrollo de los acontecimientos.

Anarquista social —y, en consecencia, revolucionario—, deploro y me levanto contra este estado de espíritu que paraliza todo desarrollo de nuestro ideal. Y estoy persuadido que no será hasta que los anarquistas se organicen de una manera consecuente, coherente y seria, cuando al fin penetrarán en la escena del mundo para que, cesando en contentarse con el papel de testigos, se volverán los obreros de un destino humano que se edifica cada día.

He escrito antes: «... el anarquismo nunca ha llegado, en ningún país del mundo, a volverse una fuerza determinante...» Hay una excepción: España, en donde, justamente, los anarquistas supieron **organizarse** y **definirse.** España que sigue siendo el gran ejemplo histórico hacia el cual debemos sin cesar volvernos y meditar.

Y hoy, pienso con melancolía a los que hubiera podido ocurrir si, en 1936, en la hora donde nuestros compañeros de la C.N.T.-F.A.I. transformaron la insurrección fascista en revolución social, hubiera existido en Francia un movimiento anarquista serio, sólido e influyente...

¿Es sin duda absurdo soñar? Pero, es ilógico el pensar que un tal movimiento francés hubiera permitido el triunfo de la revolución española? Lo que habría causado la primera derrota de envergadura al fascismo internacional —de incalculables consecuencias—, provocado el desmembramiento en Italia, despojado al comunismo ruso de su aureola y, tal vez, evitado hasta la misma guerra de 1939...

Sí, estoy convencido que un gran movimiento anarquista en Francia en dicha época hubiera cambiado la historia del mundo.

¿Cómo no apenarlo? ¿Y no trabajar con obstinación a crear dicho movimiento?.—**M. F.**

NOTA FINAL.—El autor indudablemente se refiere a la organización de los anarquistas españoles en el período de la revolución española, cuya fase más destacada fueron las colectividades que, al decir de José Peirats (**Los Anarquistas en la Crisis Política Española**, Editorial Alfa Argentina, Buenos Aires, 1964, página 217): «... serán su huella indeleble en el espacio y en el tiempo». No obstante, no hay que olvidar que en Europa ha existido otro país de gran fermento libertario, y ese país ha sido Bulgaria. Nuestros amigos búlgaros exiliados de la agrupación **Nuestra Ruta** de París nos lo acaban de ratificar con su segundo libro de una serie que tienen en proyecto (**G. Cheitanov. Páginas de Historia del movimiento libertario búlgaro**, París, 1965), obra de Gr. Balkanski. Mencionemos, asimismo, a la época heroica e ilustre del anarquismo argentino que espera su historiador erúdito y competente.—**V. M.**

«Aquella banda que mató al maestro
ya no canta, como antes, al pasar,
le dice un niño a la viuda,
casi ciega de llorar».

De «Rebeldías», por BAZAL. Precio, 4,50 F en CENIT.

La verdad y la mentira...

De Unamuno a Benavente

(Continuación y fin)

Nos vincula a España un sentimiento vital que nos permite imaginar cómo piensan y sienten los españoles inquietos que en el interior de aquélla sufriendo están. Compruébenlo, en sí mismos, cuantos hispanos de pensar libre se hallan fuera de España, y también los sujetos razonables e imparciales de la misma nacionalidad. Es seguro que al conocer la conducta de Benavente como nosotros van a opinar. La mayoría de los españoles del interior y del exterior del territorio hispano al rechazar y condenar el pensar y el sentir de tal literato, tan torcido, feo e inmoral como el del franquismo, ponen de relieve que como el precitado campesino obrarán.

Persona alguna bienintencionada nos reproche el trato merecido, a nuestro entender, que damos a Jacinto Benavente. La Historia —como el presente y el futuro— la hacen los seres humanos de ambos sexos, y estén vivos o no sus obras y los ejemplos de sus vidas han de estudiarse, aquilatarse y colocarse, lo más pronto posible, en el lugar, bueno o malo, que merecen. Cierto es que preferimos alabar, públicamente, las vidas ejemplares, las conductas de nuestros semejantes que pueden influir, en buen sentido, en las sociedades humanas. Pero no podemos hacerlo en el caso de Jacinto Benavente que, siendo un buen literato, tan mal uso acabó haciendo de la literatura.

La verdad es que los hombres y las mujeres de la C.N.T. de España, de la F.A.I. y de las JJ. LL., todos los humanistas libertarios ya no nos ocupámos de Jacinto Benavente; no nos preocupaba una vida que tanto se había empequeñecido, ética, estética y mentalmente. Preferíamos olvidar que existió siquiera. Son sus amigos o sus cómplices, más exactamente, en la tarea liberticida, los que han estado y están removiendo, más y más su recuerdo, como si ellos carecieran de ideas propias.

Conste, pues, que antes que nosotros Alfonso Junco y otros escritores franquistas, olvidando que «peor es meneallo», con la falta de inteligencia y de tacto que los caracteriza, «sin dejar en paz a los muertos», sin escrúpulos de conciencia utilizan, de vez en cuando, aviesamente, los falsos relatos y peores comentarios que Jacinto Benavente escribió sobre la Revolución Social Española que le respetó su pensar y la vida.

Hemos tenido la paciencia de leer las disparatadas versiones benaventianas comentadas, favorablemente, de forma exagerada, en el presente, en varios artículos escritos por Alfonso Junco. Ya era hora, pues, que nosotros diéramos la primera versión opuesta, la real vivida: la que les dio, en gran parte, más arriba, el buen «Juan Pueblo», y la que continuamos dándole nosotros que estamos identificados con aquél como si fuéramos —lo somos— uno solo.

Obvio es que no pretendemos hacer hoy el estudio de todos los valores cualitativos y cuantitativos, literarios, psicológicos, estéticos y filosóficos de las obras de Miguel de Unamuno y de las de Jacinto Benavente. Nos reducimos a opinar sobre lo esencial, repetimos, del acto último más trascendental de sus vidas respectivas. Se pone de relieve la **verdad** entera de una vida recta, noble y limpia, moral e intelectualmente: la de Unamuno, y la gran mentira que representa la de otro sujeto de obrar tortuoso y sucio, innoble: la de Benavente. Este, ambicionando la inmortalidad, pretendió representar lo universal, y con sus letras bruñidas al máximo simuló ser lo humano que, en realidad, no era.

Imparciales en nuestros juicios porque no somos dogmáticos, ni hacemos críticas por sistema, «sin ton ni son», como hacen los franquistas, a fuer de sinceros y veraces, en honor de lo que consideramos verdad la decimos al respecto sobre Miguel de Unamuno. Un estudio psicológico de las obras y de las actitudes personales del rector salmantino nos hace comprender que durante algún tiempo ambicionó, más que nada en el mundo, la posteridad, inmortalizarse, permanecer en la memoria de la Humanidad mientras ésta exista. Benavente también la deseó, pero por pura presunción mientras Miguel de Unamuno la anhelaba por amor a sus semejantes, por reciprocidad afectiva que quería inmortalizar con sus obras. Al primero lo movía el narcisismo y un egocentrismo desorbitado; al segundo amor a la Humanidad, y sólo el pensar que ésta pudiera olvidarlo le hacía sentir un gran vacío, una inmensa angustia, y considerarlo peor que la muerte misma.

«No quiero —escribió Unamuno— morirme... quiero vivir siempre... ¡Ser siempre, sin término! ¡Sed de ser, sed de ser más!» Quería la inmortalidad, perdurar en el tiempo y en el espacio. Quién sabe si ansiándola y buscándola la hubiera logrado. Contados son los sujetos que por ese camino la hallan. Basta que la deseen, que la ambicionen con todas sus fuerzas para que, generalmente hablando, las generaciones futuras evolucionadas no se las conceda. Pero Miguel de Unamuno logró inmortalizarse, desde el año de 1936, definitivamente, a partir del momento que no pensó en sí mismo, en el triunfo de su persona, en qué será de su nombre y de su apellido después de la muerte, en ningún bien material ni moral para sí solamente.

Miguel de Unamuno mereció, sí, la posteridad desde el instante que sin pensar en ella, y menos

en si merecía obtenerla, olvidándose de su obra y de su propia persona, se prodigó por puro sentimiento humano, muy humano, por humanidad, enteramente, en defensa de las vidas y de las libertades de sus semejantes, en medio mismo de los asesinos oficiales, de los liberticidas franquistas. a los que fustigó con su verbo encendido por elevada pasión humana.

Unamuno confirmó, al fin de sus días, lo que era por naturaleza y comprensión: «Hombre de carne y hueso», de acción humana, capaz de despertar dudas y rebeldías en los que lo rodeaban, lo oían o lo leían. Por el contrario, sobre Jacinto Benavente los críticos literarios —comprendiendo los que lo defienden en el terreno de la pura literatura— coinciden, más o menos claramente, en que sus obras carecen de acción. Y es natural que así sea, porque por naturaleza cobarde no intentó siquiera adquirir una individualidad y una personalidad realmente humanas. Obró de acuerdo con su arcaica, mala y contradictoria estructura psicológica que aprendió a ocultarla, tanto tiempo como le fue posible, cubriéndola con las más atractivas y engañosas galas literarias modernas. Dominado, además, por inmensa vanidad y sus innobles ambiciones se iba empequeñeciendo psíquica y mentalmente más y más, y cada día que pasaba era más incapaz de inspirarse en la fuente de donde brotan los ejemplos de todas las acciones humanas y límpidas y vigorosas dignas de ser imitadas con pujante ánimo de superación y perfección moral e intelectual: en el heroico «espíritu» humanísimo del Quijote. Y es que, en realidad, Benavente se creyó superior a Miguel de Cervantes Saavedra, y más juicioso que el «hijo» de éste: que «Don Quijote». Por eso se sitúa fuera de su influencia humana y frente a él. He aquí por qué decimos, una vez más, que Benavente pertenece a la anti-España, al mundo asustado de los «juiciosos». Vanidoso en grado superlativo no alcanzó a comprender que fue un vulgar y vil «juicioso» más, uno de los sujetos que van por el mundo autoritario haciendo males a sus semejantes. Razón sobrada tiene George Bernard Shaw cuando dice: «Ahora queremos algunos locos. Ved a dónde nos han llevado los juiciosos.» Y como «locos» nos trata dicho mundo a los libertarios.

¿Qué persona normal, amante de la Libertad, inteligente y bueno puede decir que lo óptimo en la vida social es ponerse al servicio de Francisco Franco o de cualquier otro dictador? Sin embargo, así lo creyó y lo defendió Jacinto Benavente por pertenecer al mundo que asusta la Libertad cuando son todos los sistemas autoritarios que debieron asustarlo, porque están «fabricando» la guerra atómica como fabricaron» las demás guerras que no han cesado de hacer sufrir a la Humanidad. Está, pues, más que justificado el que consideremos que la literatura de Jacinto Benavente no llegará a brillar en el Universo Social por carecer de viril contenido humano y, en particular, por no poder servir, su autor, de ejemplo a las generaciones evolucionadas del futuro que preferirán olvidar el nombre del servidor de un tirano. Sólo lo humano puede lograr trascendencia universal.

Desde que se inventó la escritura siempre han existido buenos escritores y poetas que han servido al tirano o sátrapa de la hora y al «Becerro de oro». Nunca han faltado esta clase de sujetos que se decían «más razonables» y aconsejaban que lo fueran los demás, particularmente los que estaban sufriendo el yugo de la dominación y de la explotación más inicua, vejaciones y miserias: los trabajadores. Cuánto escribieron, en todas las épocas, pidiendo unas veces y exigiendo otras, por la cuenta que les tenía, que los siervos de todas las clases fueran «razonables», que observaran conductas moderadas, que no se rebelaran, que aprendieran a adaptarse a vivir su vida de bestias de carga, de esclavos como hoy los «benaventianos» de España y de todo el mundo piden lo mismo a los esclavos del salario, a los sujetos a la esclavitud moderna. Estos hoy son «libres» de elegir amo, pero si quieren librarse del hambre y del frío han de hallar al que alquile y explote sus brazos y sus mentes. Y la inmensa mayoría no escapan a la muerte prematura por no poder satisfacer sus necesidades normales mientras los pocos que llegan a la vejez pasan años de humillaciones, terriblemente miserables.

¿Es razonable adaptarse a este mundo de iniquidad, de inhumanidad que nos rodea? No y un millón de veces no, coincidiendo con la respuesta que al respecto nos da también George Bernard Shaw con muy acertado pensamiento alentado por generoso y quijotesco sentimiento de humanidad: «El hombre razonable se adapta al mundo; el irrazonable persiste en adaptar el mundo a sí mismo. Por ello todo progreso depende del hombre irrazonable.»

Comprobamos que resultan más cervantinas, más quijotescas las pocas expresiones que transcribimos de George Bernard Shaw, Premio Nobel de Literatura en 1925, siendo de nacionalidad inglesa, que toda la obra del celebrado literato Jacinto Benavente habiendo éste nacido en España.

George Bernard Shaw obraba de acuerdo con sus palabras, con su idealismo humano, quijotesco: renunció, como es sabido, al importe del Premio Nobel de Literatura, y con él estableció una fundación literaria. No es raro, pues, que los conceptos que del mismo hemos reproducido expresen con tanto vigor ético e intelectual, con tanta fuerza o potencia persuasiva por sentida y nacida, espontáneamente, de lo mejor de su naturaleza yumana, el verdadero «espíritu» del Quijote del que tan lejos se hallan las conductas de Jacinto Benavente y del franquismo.

No negamos que de la obra literaria de Benavente y de su vida privada puedan contarse cosas buenas. Hasta el exdictador Trujillo, uno de los sujetos más in-humanos, más crueles de nuestra especie fue «bueno» con sus hijos —también lo es el tigre con sus cachorros— y con ciertos cómplices políticos, «benefactor» de un puñado de personas, pero ¡qué tal fue su obra política en conjunto y, sobre todo, su proceder tiránico y asesino contra el mayor número de sus semejantes!

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Jacinto Benavente escribió libros que no hablaban como hombres, como diría Unamuno; fue hombre —con h «muy» minúscula— que habló como libro bruñendo sus letras como pocos salen hacerlo en el mundo hasta que acabó haciéndolo tan suciamente como sucio era su íntimo sentir y pensar. Con éste, que prevaleció en Benavente, eliminó lo poco limpio que en su vida pudo escribir en momentos que se dejó arrastrar por impulsos humanos, buenos, que no permitió arraigaran en su naturaleza. Y al pretender hablar como hombre, con mal disimulada arrogancia, situándose frente al antifranquismo, sólo logró ponerse en ridículo al mostrar su figura grotesca, la fea y repulsiva caricatura psíquica-mental de él mismo con sus propios trazos literarios, la imagen que jamás podrá ser la del verdadero Hombre. No extrañe, pues, que cuando desde 1936 quiso influir, decisivamente, en la idiosincrasia y en el destino de sus congéneres falto de sinceridad y de sana palpitación de vida, a pesar de su elocuencia, puramente literaria, de sus gestos precisos, de actor consumado, y a su extraordinario lenguaje florido no pudo hacer pasar «gato por liebre» a lo que es igual: la mentira por verdad, lo cruel por humano, lo malo por bueno.

Con atrevimiento superlativo Benavente actuó en la escena mundial creyendo poder dominarla toda influyendo en los espectadores de todos los continentes. Y así expuso su inmensa soberbia y su egocentrismo desmesurado. Además ante el orbe todo puso en evidencia que no es el genio que él, sólo él creía ser: cegado por insana vanidad no alcanzó a comprender, ni se dio cuenta siquiera, que al impacto de su actuación inhumana se «desvaneció» la inmortalidad que ambicionaba.

Unos años antes, tan pronto Benavente recibió el Premio Nobel de Literatura llamó a las puertas de la Posteridad creyendo que en seguida se las abriría de par en par. Pero ésta que, equivocadamente, se las había entreabierto, observándolo más volvió a cerrárselas para siempre al comprobar su falta de humanidad que su gran acopio de letras no podía compensar.

No cabe duda, y lo gritamos a los cuatro vientos hasta que la gran mentira del siglo XX no encuentre lugar donde esconderse, albergue en las mentes y mucho menos en los corazones de las personas honestas y cabales engañadas y sorprendidas por la «pluma última» usada por Benavente que el mundo autoritario «prestigió» excesiva e inmerecidamente en sentido social y humano. Cuando éste escribió, después de julio de 1936, como realidades políticas y sociales vividas en España, todo el mundo despierto puede comprobar que son sólo diatribas, difamaciones y patrañas.

Con lo que le sucedió en Barcelona, en la fecha precitada, probó ser el más desagradecido de los hombres. Puso al desnudo su verdadera personalidad: que era una lástima de hombre pese a que creía valer él solo, sólo él más que todo el Parnaso.

Considerar que Jacinto Benavente no posea un ápice de hombría de bien, de lo que dignifica al ser humano, no es restarle ciertos méritos literarios ni negar que conoce, como pocos, la gramática castellana. Esto es tan innegable como cierto es que no supo ni pudo conquistar el mayor de los méritos, el más deseable: el derecho a usar una humilde letra, una hache mayúscula delante de la palabra hombre. Por lo tanto como ser «minúsculo» quedó fuera de la élite de los grandes Hombres, de los **verdaderos Bienhechores de la Humanidad.**

El «arte» de comportarse Benavente en la ficción y en la realidad social lo presenta como comediante sin decoro, sin dignidad y sin conciencia moral, como hombre de condición humana inferior imposibilitado de ganar título natural honroso alguno entre los miembros de su especie.

Hablamos como «Juan Pueblo» que siente y piensa, que no quiere ser más burlado: claro y llano para que todas las personas lo entiendan. Decimos esto porque no nos extrañaría que literatos que mojan su pluma en la bolsa franquista, en la bolchevique o en las bolsas de otros istas políticos nos dijeran que somos una lástima de literatos. No pueden molestarnos, ofendernos ni hacernos daño, moralmente —al que escribe, en particular—, porque no presumimos de serlo, más claro: porque no lo somos. Sin ser profesionales de la pluma experimentamos la necesidad de expresar lo que sentimos y pensamos. Pero si talmente nos trataran contestaríamos que al calificativo de literatos, de pensadores y de filósofos —que nos perdonen los sujetos que lo son sin llamárselo o sin presunción, y sin dejar de ser humanos— preferimos quedarnos con el título, no escrito, de Hombres que ennoblece con no importa qué nombres o adjetivos: de «Quijotes», de «inadaptados», de locos o de irrazonables», como George Bernard Shaw dice en el mejor sentido de las palabras.

Por otra parte, de los Hombres, con no importa qué nombres, repetimos, es hermano «espiritual» Don Quijote. Y nos basta saber que el «padre» de éste, Miguel de Cervantes Saavedra, que nos sirve de inspiración y de aliento humano, de ejemplo para no desmayar en la lucha por la Libertad, es el que nos representa en el mundo de las letras, de la Literatura y de los hechos humanos, el que en dicho mundo ocupa, con su pluma lúcida, sensible y campeadora un lugar tan elevado que Jacinto Benavente y «entes» con otros nombres, sólo «nombres», nunca han logrado ni lograrán alcanzar. Son puros «nombres» que quedarán fuera de la Historia de las acciones humanas buenas, porque la Humanidad los querrá olvidar.

Nos subleva, lo que repetimos: que Benavente tuviera el cinismo de decir que «en la España antifranquista se trataba de todo menos de ideas. ¡Ideas!», exclamó irónicamente como si estuviéramos ayunos de las mismas. Hablábamos hasta de las suyas para intentar derrotarlas en todos los terrenos. Podía haber dicho, con alteza de miras, que estaba en desacuerdo con las nuestras, y sería opinión muy respetable, por equivocada que la consideráramos, pero no afirmar que careciamos de ideas y despotricar contra la España Quijote que tiene ideas propias, bien limpias, sobre la Libertad.

Hacemos hincapié que los Hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España, de la Federación Anarquista Ibérica y de las Juventudes Libertarias, que tenían y tienen buenas ideas, son los que dejaron con vida y libre a Jacinto Benavente, pues a merced de aquéllos quedó cuando lo detuvieron, como ya relatamos, al tomar el Hotel Colón en la tarde del 18 de julio de 1936. Benavente pudo decir entonces, o cuando le hubiera parecido, en la misma Barcelona libertaria, sin temor alguno, qué sentía y pensaba con respecto al antifranquismo. Pero cobardón, superlativamente, no se atrevió a hacer siquiera el papel de «héroe», puramente literario, aun sabiendo que su vida no peligraba.

Qué bien obremos los libertarios, los anarquistas, en general, al no hacer de Benavente un «mártir», no matando por matar a cuantos sujetos sustentaban, simplemente, ideales distintos a los nuestros como hacían los franquistas en la zona que empezaron a dominar con cuantas personas no compartían sus malas ideas.

Con razón, proyectándose psicológicamente, cierto pudor que a Benavente le quedaba le hizo poner el título siguiente a uno de sus artículos: «Ni héroe ni mártir.» Efectivamente, sujeto como él, tan falaz en todo, no podía ser lo uno ni lo otro. Por lo tanto, no llegando a ser ni héroe del bien pensar y sentir como lo fue, sin pensarlo siquiera, espontáneamente, en circunstancias terribles, Miguel de Unamuno, desafiante, a gritos, en la Universidad de Salamanca, golpeando, fuertemente, al franquismo con sus ideas humanistas, ¡cómo podía Jacinto Benavente aspirar a la fama póstuma!

Por mil y más buenas razones, por todas las mejores razones del mundo, los libertarios, elementos impulsores de la Evolución Progresiva, hoy como ayer, dentro o fuera de España, nos colocamos al lado de la conducta ejemplar de Miguel de Unamuno que arremetió, sin miedo a las consecuencias, como buen «Quijote», que ni aun caído es vencido, contra todas las fuerzas «negras» retrógadas armadas de la anti-España que lo rodeaban amenazantes.

¿Quién puede solidarizarse todavía con Jacinto Benavente, con el pusilánime mentiroso que sólo se atrevió a lanzar toscas y feas «pedradas» literarias, con tanta impudicia, desde Buenos Aires, muy lejos del «Quijote» que tuvo en Barcelona al alcance de sus manos? Aunque lo cierto es que no podían hacerle daño, porque les faltaba la fuerza moral de la que carece, absolutamente, el cobarde, el hipócrita, el desleal, el inmroal dicho en una palabra.

Los escritores tentados por el dinero, y que por obtenerlo pueden pasar al servicio de determinados gobiernos o dictadores, piensen que los literatos como Benavente, Alfonso Junco y otros que mojan las plumas en las bolsas de Franco, de Kruschev, del Tío Sam, como los escribidores que las mojaron en la del exdictador Trujillo, etc., por eminentes escritores que sean o crean ser, por alta que sea su vanidad y su celebridad en el mundo autoritario será muy bajo el lugar que la Historia de la Humanidad les hará ocupar —hasta que ésta decida borrarlos de aquélla— por indecentes, por su falta de ética periodística humana, por haberse reducido a ser eunucos intelectuales.

Terminamos diciendo que estar con el pensar y, sobre todo, con el sentir humanísimo de Miguel de Unamuno expresado, vigorosamente, en las horas postreras de su vida, englobando todo cuanto quiso ser, para siempre, es permanecer al lado de la España Quijote, de la Verdad de carácter libertario; pronunciarse por Benavente-Franco-Millán Astray significa abrazar la Mentira, entregarse a peor de las causas: a la in-humana, la anti-España enemiga acérrima de la Libertad.

FLOREAL OCAÑA

«Porque la confianza que despertemos en las masas proletarias, estará en relación directa con las posibilidades de crear una fuerza organizada para imponernos y defender la toma de posesión de la tierra y de todos los medios de producción, consumo, transporte y cambio».

J. PEIRO

«Problemas del Sindicalismo y del Anarquismo». Precio, 1 F en CENIT.

El yankismo, como ayer el nazismo, es

EXISTE una diversidad de delincuencias en cada país, según el desarrollo del capitalismo burgués, como existe una delincuen- juvenil en los países comunistas, aunque completamente diferente.

En España y Portugal, en los países árabes, en las Indias e islas del Pacífico y en las naciones del Centro y Sud de América, pueblos faltos de materias primas, porque no están explotadas o se hallan en manos de algunos propietarios, países poco industrializados; hay delincuencia juvenil hija de la miseria, del analfabetismo, y de la falta de formación cultural y política.

La miseria tradicional española ha creado en España la literatura picaresca, novelas realistas cuyos héroes cautivan el lector por el ambiente donde se desarrollan las aventuras, el ingenio de los protagonistas, que para saciar su hambre, indiferentes a los palos y puntapiés de los agentes de policía y el público se apoderan a escondites o huyendo a toda velocidad, de los alimentos de los comerciantes, vacían los bolsos y cestos de las señoras y criadas, volatilizan los conejos y gallinas de los agricultores.

Es la delincuencia natural, espontánea del hambre, completamente diferente de la que practican los hijos de familias burguesas, que roban por el placer de robar, para poseer más dinero o bien para satisfacer sus ambiciones y vicios, o sus excentricidades.

Si la primera delincuencia está justificada porque es imperiosa, y por tanto humana, ya que los pilluelos roban para saciar el hambre, ayudar a sus hermanos o a sus padres, a menudo enfermos o sin trabajo; la segunda es hija de la vanidad, de la envidia y de la vagancia.

Es la delincuencia egocentrista de una juventud caprichosa y egoista, que busca el dinero donde sea y no para saciar el hambre y otras necesidades, indispensables para vivir, sino para obtener la satisfacción de sus caprichos, los favores de esas chicas frívolas, que pasan el día holgando en los cafés y cabarets, corriendo de una ciudad a otra en auto, o haciendo kilómetros de carretera buscando aventuras y emociones nuevas.

Herederos de gente acomodada, hijos de rentistas y de ricos comerciantes es una juventud perdida, que no quiere estudiar, porque el estudio exige un esfuerzo. Más que trabajar prefieren gozar de las riquezas de sus padres o de las ajenas.

Convencidos de la inmoralidad, la utilidad y muy a menudo de la poca inteligencia de los que poseen la riqueza esos jóvenes la buscan con avidez, sin reparar los medios para obtenerla, porque saben que con el dinero asombrarán a sus camaradas, se verán adulados, envidiados y admirados por las chicas.

Esa juventud parasitaria de la sociedad capitalista, no tiene ningún ideal, ni sentimiento generoso. Es en este ambiente inmoral, depravado donde se desarrollan las ideas fascistas, en cuyo régimen, esos jóvenes indolentes o perversos ven el único medio de poder amasar dinero fácilmente y de figurar socialmente sin talento, ni esfuerzo.

Es entre ellos, que pululan los traficantes de drogas, los individuos que hacen el contrabando de tabacos, los explotadores de mujeres y tratantes de blancas, los especuladores audaces de todas especies, que triunfan en los países capitalistas.

Existe una tercera delincuencia, que llamaremos sentimental, creada y fomentada por los padres y los abuelos, que no saben negar nada a sus hijos y nietos.

La vanidad, la poca moralidad e inteligencia de esos jefes de familia, es tal que si sus hijos o nietos son tímidos, son ellos mismos que los conducen a ese ambiente ultra-moderno, de jóvenes corrompidos para verles brillar y hacerles perder su timidez.

Ni que decirlo, que esos jóvenes, sin iniciativa, ni talento, en medio de ese ambiente de vicio son ridiculizados y para no verse menospreciados realizan actos tan perversos o más que sus compañeros a fin de hacerse interesantes, y pronto en este ambiente insano, adquieren unos sentimientos de perversidad tales, que hacen de sus familiares las primeras víctimas.

∴

Pero existen en el mundo capitalista además de los citados tipos de delincuencias: las colectivas, la de los Estados poderosos, cuyo egoismo nacional, raya constantemente la criminalidad, cuando no la sobrepasa.

Así creyéndose formar parte de una raza superior, como los alemanes, (hay numerosos germanos en la U.S.A.) los Norteamericanos practican el Yanquismo, doctrina racista, sino tan perversa como

«Debemos apreciar como trabajadores a los que su labor sea productiva».

«Congreso de constitución de la C.N.T.». Precio, 1,20 F en CENIT.

un sentimiento de perversidad nacional

la «nazista», no menos peligrosa, porque puede conducir a la humanidad a una hecatombe.

Pueblo de mentalidad infantil, de un desaforado materialismo, su egoismo les hace ver o imaginar el peligro marxista en todas partes y si en la Edad Media, hombres y mujeres tenían miedo al Diablo, ellos temen más aun el Comunismo, y como nuevos inquisidores, se toman el derecho de la fuerza para intervenir en cualquier país del mal llamado mundo libre, para destruir el demonio imaginario, que amenaza sus riquezas y su bienestar económico.

Orgullosos de su poderío material, vanidosos como todo individuo rico, hay en la U.S.A. una perversidad colevtiva nacional, que no tiene límites. Es la mentalidad creada por la doctrina yanquista, cuyos ideales han sido siempre sus intereses económicos.

¡Que le importa al yanquismo que los pueblos de los países capitalistas pobres no tengan libertad y se hallen en la miseria, mientras ellos rebosan las carteras de dólares, gracias a los cuales gozan de todas las comodidades y libertades democráticas! Su indiferencia al dolor y al mal es y ha sido siempre la idiosincrasia, la psicosis del nacionalismo como ideal reaccionario.

El yanquismo fomentado y exaltado por las sectas racistas del Ku-Klux-Klan, esun sentimiento nacional atávico, de una ruindad sin par, que se puso ya de manifiesto durante la colonización, digamos de la exterminación de las poblaciones indias. Una de las mejores pruebas de nuestra afirmación, es que en todo el inmenso territorio de la U.S.A. hay sólo 300.000 indios, mientras que en México, país vecino, cuatro veces inferior en superficie, existe una población de trece millones de indios. Lo que demuestra que la colonización española, a pesar del salvajismo de los conquistadores fue, no digo humana, sino menos criminal que la anglo-sajona.

Sin olvidar que el yanquismo tiene como esclavos 19 millones de negros, cuyos derechos cívicos no existen, especialmente en los Estados del Sud. Económicamente, los negors sólo poseen el 3 por 100 de las riquezas nacionales de los Estados Unidos.

***

Y si esa perversidad se manifiesta en su propio país, la intensifican más aún en los países donde los americanos poseen intereses comerciales e industriales, concesiones mineras y petrolíferas; pero la manifestan de una manera más perversa, digamos criminal en el Vein-Nam, donde las tropas americanas civilizan los indochinos con bombas de Napal y gases tóxicos, sembrando la desolación y la muerte en el heroico pueblo asiático, con una insensibilidad monstruosa, prueba más que suficiente de la perversidad del nacionalismo yanquista.

Y si la guerra total que los Estados Unidos practican en el Viet-Nam no fuera aún suficiente para demostrar la inmoralidad del capitalismo y la perversidad colectiva de un pueblo, basta analizar la intervención criminal y arbitraria en Santo Domingo, cuando el pueblo dominicano hambriento, y sediento de justicia, había triunfado del trujillismo sin Trujillo.

Con el pretexto cínico de defender a sus compatriotas y a su país y al mundo del comunismo ateo y revolucionario, han desembarcado en la isla veinte mil marinos, los cuales han armado las tropas mercenarias de la Junta militar en tanques, cañones y toda clase de armas y municiones y con una superioridad enorme en armamentos y protegidos por el Ejército yanqui, que tiene bloquedas las fuerzas democráticas del presidente Juan Bosch han aplastado la revolución y sembrado el suelo de la isla de millares de cadáveres de hombres honrados, que tuvieron fe en la libertad y en un mundo mejor

JAIME CUADRAT

«Porque si no es justo que una mayoría oprima a una minoría, tampoco lo es lo contrario, y como las minorías tienen el derecho a la insurrección, las mayorías lo tienen de defensa, y, no ofenda la palabra, el de represión».

De «Entre campesinos», de Malatesta. Precio, 1,20 F en CENIT.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

ROMANCE DE MUCHA MUERTE

¡Ay, Federico, ay...!

La luna fraguó sus nardos
en un convento de aguas,
todas sus luces de punta,
todas sus lágrimas rancias.
Sacristanes impacientes
echan a volar campanas
y, a rebato, por los montes,
suenan sienes destempladas.
La oscura España se mira
de reojo en una espada
y tiene vértigos verdes
de lagartijas beatas.
En el crimen se perpetran
alzamientos y otras gracias
y el botafumerio mece
con acre incienso a la patria.
Rumiando muertes y envidias
la guardia civil cabalga
ungida por cielos bordes
con estrellas de hojalata.
¡Quién dará la voz en grito
tras cada puerta cerrada!
¡Quién hollará con imperios
tanto jardín de esperanza!
La patria es la virgen loca
que se acuesta tras las tapias
con los verdes señoritos
de señoriales calañas.
¡Quién le gane sus favores
con sonrisas vaticanas
ya puede matar y vivir
gozando de buena fama!
España se queda imbécil
como monja enamorada
y entonces la tierra tiene
hondos calambres de rabia.

***

La sangre inunda caminos
de miserias trasnochadas.
Bultos de horror en azul
y otras siluetas tapadas
recorren calles absurdas
y soledades de plazas
buscando al hombre del pueblo
sin más armas que su alma.
Y la Península Ibérica,
desde la piedra a la caña,
es una huída de adioses
entre el llanto y la amenaza.
¡Ay si viera Federico
cómo le rondan la casa
y el amor que abrió tranquilo
con su bordón de guitarra,
su voz de romance abierto
y el mirto de su mirada!
Federico fue a apoyarse
en una amistad alada;
pero aquella noche horrenda
las alas también sangraban.
¡Cuántos verbos conjugados
en carne de ardientes llagas
ectivaron aquel fuego
que prendió sin luz la rama!
Luna y jacintos defienden
tallos, capullos y palmas;
pero nadie sabe qué
dolor de impúdica infamia
corrió por las venas secas
de todo el campo de España.

***

Los pozos de las iglesias
desbordaron sangre amarga
de niños acuchillados
antes que dijeran nada.
El borrón abrió sus brazos
con cuenta nueva saldada
frente a hileras de fusiles
que hondos pechos taladraban.
Heridos, los hombres buenos,
en silencio aguardaban
el milagro de la huída
con la muerte a las espaldas.
Y se mató porque sí,
en nombre de Dios y Patria,
cuanta vida tuvo un dejo
de bondad sin nombre, llana.
¡Ay, quien tuvo cerca la mar
y el cuenquito de una barca!
¡Ay, quien rozó las fronteras
con la imposible mirada!
Pero Federico, solo,
estaba solo en Granada.
Y el yugo de la Falange,
con la unción de sus jerarcas,
impuso joroba abyecta
de ignominia, con sus trabas.
Y más fascistas volvieron
los fascistas a sus casas.
España, prendida en yerros
de santurreras patrañas,
con saturronas sonrisas
nuevos yerros coronaba
y tintos laureles puso
sobre sus greñas mojadas.

***

¡Huye en dolor, Federico,
que en mi tarde está tu casa
y tengo un patio escondido
en los resquicios del alba!
¡Huye y no llores, amor,
y a tu encuentro corra el aura
como una madre que tiende
los trapos de sus entrañas;
Vuela en caballo de gritos;
en susto limpio cabalga;
pierde el tino de su vida;
se hace azahar cuando es naranja;
la vida entera era suya...

Los grillos, que lo adoraban
petrificaron el llanto
por infinitas estancias.
Y camino de su muerte,
como un chiquillo lloraba.
Las tardes de Federico
cayeron, enajenadas.
Te van a dejar así,
de golpe, sin más palabras,
tú que has nacido canción
sin más culpa ni otra causa
que darle al río tus fueros
y tu ritmo a las distancias.
¡Ven a mi torre de nardos!
¡Ciérrate en su blanca sala;
que esa falange sus pestes
no viertan por tu mirada,
y que no te valga el llanto
el dolor que nos asalta!

***

A las tantas fue la luna
con otra luna de tantas,
camisa azul, negro el cinto,
más negro el paso y las ganas
de ver la sangre regando
la llanura y la montaña.
A esa hora Don Francisco
apretó viejas corbatas
y muchas lenguas de rojos
lamieron el pus del alma.
Los santos, en hornacinas
de misterios y esmeraldas,
reían los muy mostrencos
mientras las madres lloraban.
Niños de España, desnudos,
hechos de hueso y de retama,
ponen sus pechos de yunques
al aire de las pedradas.
Los falangistas troncharon
su voz niñi con las balas
que a Dios dejaron de pronto
sin pantalón ni carambas.
Y por el sur de la hierba
su pecho niño lloraba
mordisqueando los tallos
con pena aguda y cansada.
¡Qué vais a hacer de su sangre
que tanto nardo ocultaba!
¡Qué vais a hacer de sus pálpitos
que dieron pulso a la albahaca!
¡Qué salto a su corazón
le daréis con tanta infamia!
Federico se inclinó
como un jacinto de nácar
con toda «la pena oculta»
que le dió a mamar España.
Bajo «horizontes de perros»
y estrellas desorbitadas
se fue volviendo divino
como en los huertos el agua.
Y nadie entendió por qué, luego,
por barrancos y cañadas,
se destrozó la poesía
revolcándose en las zarzas.

ABARRATEGUI

(Del «Romancero de la Infamia»)

EL CHICLERO

OBSERVANDO lo animales que son los millonarios yankuzos, creen no pocos panfilios o pánfilos que las rodajas de áureo calabacín se recogen del suelo en América con pala. Que vengan aquí y se convencerán de que por tierra no rueda otro oro, que el caliente y humeante de que de cuando en cuando se desintestinan los burros. **¡Amai!**

Viendo las mandíbulas de tanto prognato, molinar noche y día, pensamos los refugiados españoles al llegar a México, que las flautas de esta canariera se pasaban la vida tragando como si fueran frailes del cordón.

Luego resultó que lo que se deglutía eran puros escupices y que lo mascado no era cosa de más provecho: goma o caucho, que aquí se denomina también hule o chicle. O sea: esa porquería merengada o morrongada, de que se hacen los neumáticos y que se sustrae al transporte en auto de traseros azules de golfa o golfo bien vestidos.

Los norteamericanos han extendido pasablemente ese negocio suyo del **chewing-gum.** Ellos masticán la leche del hevea deshidratada, para marfilarse dientes con que atacar luego presas más sustanciosas.

En México se muerde chanclo, a falta de otros bisteles más tiernos y dulces, a que hincar el puñal del colmillo. A muertos de hambre que no comen ni una vez a la semana y condenados a pulcazo que te pinte quince y tortazo de maíz perpetuo, se les ofrece hasta en el tranvía pedazos de tacón a que agarrarse y que antes se les han estampado en las reverendas nalgas.

El chicle o goma de mascar mexicana se cosecha en la sartén de freir seso y la chocolatosa gusanera, que es la selva tropical de Quintana Roo.

El chicle es un semen de berra o espesa lactescencia o lacticinio vegetal, que se ordeña al zapote, abriéndole de 5 en 5 años a machete profundas hendiduras en el tronco en forma de V. Arboles a cuya sombra podría inaugurarse un balneario, se desangran por tales lanzadas en el costado de Cristo.

Esa gelatina la recogen en un morral indios como monas de tirititero, con la nariz, las orejas y los párpados comidos por la mosca del chicle.

La mantequilla que sudan los trabajadores del ramo de la botánica, se hierve en una paila o cuenco y se vende luego seca en panes como ladrillos a los caballeros de la industria. Al productor de dicho mejunge, o a su recolector, se le pagan sus penas con 3 cacagües o con 10 latigazos si se pone tonto; emborrachándolo con mezcal y ayudándole a sembrar el seno de la mujer y a plantar en él hijos.

Quintana Roo fue, tiempo atrás, una mina de cedro, caoba y otras preciosas maderas. Semiagotados esos filones auríferos, quedaba el zapote, señorito verdegay, dejándolo sólo aplicado al tete, de que no se sabía que hacer. Hasta que ese también se le encontró el hueso dulce. Y se echó a dar vueltas la moda de chuparle igualmente a tal hijo de Dios, como a nosotros, la salsa de las entrañas.

El chicle no sirve para nada útil. No place ni alimenta. Su degustación, sobre todo con dentadura postiza, como la que yo gasto cuando no la tengo tirada en la maleta, está llena de escollos. Y es menos palatable que la elle, letra que aquí nadie sabe pronunciar, si no es mojándola bien remojada.

Cumple, sin embargo, esa prima materias de hacer fundas higiénicas una misión altamente social, que es la de ir ayudando a liquidar pobreza inadaptable a la civilona explotacibn y a ratizar indiadas cimarronas. A un territorio de mayor desparratamiento que media España, le quedan 15 mil indígenas escasos. Y esos, para que no se diga. Y aun tan padresto padrón mengua cada año, a causa de la mortandad que el hambre, la descalcez, la desnudez, la intemperie, los misioneros y la fiebre palúdica causan entre los chicleros.

En una almáciga, en que las plantas se devoran vivas y se comen los hígados como hombres unas a otras, boxean entre sí hasta estrangularse y ver cuál le quita el sol a la vecina, imaginaréis la suerte desgraciada, que ha correr el hombre.

Las hormigas son ahí como arañas, las arañas como langostas, los escarabajos como tortugas, los mosquitos como trimotores, los sapos como talegos. Cada charco es un bullidor de víboras nauyacas. Y el charco tiene a veces kilómetros de extensión y hierve también de caimanes y repugnantes bestias políticas.

Ni subiéndose a la copa de un pino de esos de 100 metros de talla, que dicen que hay en Coast Range, estaría un hombre seguro en el herbazal de Quintana Roo. Barruntad de qué sueño se debe disfrutar en una hamaca, que no sea un saco de cuero, donde poder envasarse, en macizos de verdura en que se ha tenido que abrir senda a hachazos; y en donde los zopolites bajan a las espaldas de las madres, de que cuelgan los bebés, a sacarles a éstos los ojos y a vaciarles a picotazos las tripas y la sesera. Al burgués de estos buenos aires le gustan los bocados tiernos.

Francamente. Si los explotadores de la goma de mascar quieren acabar con los chicleros, vale más que de una vez les masquen los menudos y se los merienden al natural, en vez de asados al horno en la infernal rosticería de Quintana Roo.

Angel SAMBLANCAT

NO ENVENENEIS A LA INFANCIA

EL amor puede convertirse en motivo de infelicidad y adquirir una nefasta trascendencia sobre la especie, si no va informado por los conocimientos eugénicos, en los que vale tanto la salud como la belleza. Por otra parte, es en la calle donde la infancia comienza a degenerar su instinto natural. El contacto de unos niños con otros, lejos de significar un aliciente para el desarrollo mental y sentimental del niño, es, a menudo, todo lo contrario: lacras, vicios, juegos a lo **gangster**, deformación moral impuesta por un sistema político corruptor de cuerpos y almas. Durante los **veinticinco años de paz** Franco-falangista hemos podido comprobar cómo se ha deformado, de manera sistemática, el desarrollo de la infancia española al inculcarle todos los defectos de un régimen cuyo pilares son los siguientes: ignorancia, inmoralidad, miseria.

Si estas tres plagas nacionales no exisitesen, la Santa Madre Iglesia carecería de campo de operaciones para practicar sus sacras virtudes...

Incalculables son los cuidados que requieren los niños cuando de ellos queremos hacer hombres de provecho, o cuando pretendemos ayudarles a que lo sean algún día. En la formación y educación del niño comienza y acaba la verdadera y más positiva de las revoluciones. Pero no era esto lo que buscaba el Estado usurpador. Quiso envenenar a la infancia, corromperla, y lo ha conseguido con creces.

Para hacer una infancia feliz, los niños deben aprender jugando y riendo, siguiendo el ritmo de la vida. Los educadores que deseen obtener resultados positivos han de trabajar de acuerdo con la naturaleza: jamás se equivocarán de camino y siempre llegarán a los fines propuestos de educar hombres buenos y sanos. «Hagan hombres, quienes quieran hacer pueblos», dijo el pensador. No ha sido esto lo que ha deseado el poder totalitario. Producto de una educación capciosa y negativa, el balance pedagógico que nos presenta la situación española es doloroso: una infancia inadaptada. Hay que poner, sin pérdida de tiempo, a disposición de la infancia todos los medios materiales y morales si pretendemos aprovechar esas reservas humanas que se pierden en la ignorancia, arrancando de manos de la malicia y la corrupción las energías decisivas que deben ser útiles a la sociedad.

El cambio de la sociedad española debe iniciarse de abajo arriba. La Iglesia y el Estado nos ofrecen una infancia contrahecha. Los niños inadaptados son los más desgraciados, los más débiles, los más desarmados para trabajar. Perfectamente expresó Lincoln el drama de los niños que la sociedad no sabe cultivar: «Son los más desgraciados los que merecen los privilegios más elevados.»

Presentes están en la mente de todos los años de exhibición de «flechas y pelayos». Pero lo más horroroso ha sido, sin duda, el sistema educacional practicado bajo las prudentes y sabias directrices de la Iglesia, inculcando a los hijos de los vencidos en la pasada guerra civil, el odio contra sus mismos padres que se hallaban en la cárcel o que habían sido fusilados. Una pedagogía basada en el odio feroz, en el rencor sin nombre, en la ira caínita, sólo podía engendrar el desprecio por doquier. Si la patria se convierte en una madrastra del hombre, ¿por qué se quejan los llamados patriotas de ver que los mejores ciudadanos se ven obligados a abandonar el lugar en que nacieron?

Analizando el drama español, importante será citar a Víctor Considerant, cuando pregunta: «¿Qué jardinero no nota que una de sus plantas exige más sombra, otras más sol y otras más aire? ¿Quién dedica a todas ellas la misma atención y el mismo tiempo, las poda de la misma manera, con el mismo método y a la misma época del año? ¿Quién injerta todas las arboledas de la misma y única manera? ¿Es posible que la naturaleza humana merezca menos atención que la naturaleza vegetal o animal?»

No tiene derecho a llamarse padre quien es incapaz de cumplir sus funciones, quien no sabe desempeñar sus deberes. La Iglesia es la responsable directa de la crisis espiritual y moral de España, porque habiendo deshecho los cuerpos, deformado lamente y corrompido las **almas** nos ofrece a través de un Estado llamado católico y cristiano, una nación enferma, con una infancia inadaptada, con una juventud ausente de destino, con una vida colectiva desencajada de todo quehacer venturoso.

Los católicos españoles no quieren cuerpos sanos ni mentes sanas. Necesitan tullidos, contrahechos, deformados. Para tales cristianos, la inteligencia es pura grosería materialista. No quieren una España de hombres instruidos, formada por sabios. La inteligencia y el saber son cualidades enemigas del dios fomentador de la ignorancia. Se busca al analfabeto, al desleído, el tonto de capirote; y, nada mejor que fomentar esta plaga devastadora que está incapacitada para emanciparse y redimirse. El monasticismo contra la cultura, la religión contra la ciencia y la moral, la violencia del Estado contra la fuerza creadora de la sociedad, tales han sido las armas del Poder católico para ofrecernos, al correr de veinticinco años de gestión este balance político: la infancia inadaptada, la juventud sometida y la nación sitiada para que no pueda encaminarse por la gran senda del progreso interior y exterior.

R. L.

Imp. des Gondoles, 4 et 6 rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau. Toulouse Hte. Gne

POETAS DE AYER Y DE HOY

España actual en la poesía rebelde

¡RETIRAD EL LIBELO!

¡Recoged el libelo escandaloso!
No lo déis a leer ni a la querida.
Circule el castecismo y en seguida
mostremos el semblante pudoroso.

Continúen la tisis, la barraca,
la infección, el sarcoma y la incultura,
pero nadie blafesme. ¡La finura
impere en los dominios de la caca!

Los niños yazgan sucios y canijos
testigos de la cama y de la escoria,
alojados en turbios entresijos.

Que siga como va toda la historia.
Que no lean tal cosa nuestros hijos
y aquí primero paz y luego gloria.

VENTANA INDISCRETA

¡Otra vez esas radios extranjeras
vomitan contra España su veneno!
Salimos ahora al paso de ese trueno
explicando las cosas verdaderas.

No ha habido tal señor defenestrado
ni se empleó en su trato la tortura.
Tratósele con tacto y con dulzura.
Se le invitó a pasar a lo vedado.

Saludósele allí con cortesía.
Preguntóse por sus actividades
de manera correcta y muy humana.

Díjonos su opinión de la amnistía.
Dijímosle después nuestras verdades.
y arrojóse sin más por la ventana.

PLAN DE DESARROLLO

El plan de desarrollo desarrolla
viajes a Alemania con obreros
cuyas mujeres con sus hijos hueros
desarrollan buen hambre y poca molla.

Desarrollando el tema desarrollo,
la idea de que el plan nos planifica
demográfico exceso rectifica
mandando al extranjero o bien al hoyo.

No esperéis egoísta beneficio.
Si el niño pide pan, dile que espere
un futuro de carne y leche y pollo.

En fin, lo que se pide es sacrificio.
Falto de desarrollo el niño muere
pero florece el plan de desarrollo.

UN MILLON Y UNO

¿Qué hay un cadáver más, qué importa al mundo?
Pero el mundo se agita y se remueve.
En el mil novecientos treinta y nueve
se fusilaba más sin tanto inmundo

protestar de masones, liberales,
comunistas, socialdemocristrianos,
escritores borrachos, italianos,
gentes de mal vivir y radicales.

Pero además, ¿qué pasa? ¿Qué presenta el
mundo, como protesta, inoportuno?
¿Te parece tan grave, pues, la cosa?
¿Tanta importancia tiene a fin de cuentas
que sean un millón o un millón y uno
los muertos de una guerra tan gloriosa?

«ANTON SALAMANCA». — 15 sonetos (e) inauditos. (Serie circulada en España en ocasión de la polémica sobre la obra «Cantidella nuova Resistenza espagnola» de Liberovici-Straniero, Torino, Einaudi, editada en español en 1963 por «El Siglo Ilustrado» de Montevideo.)

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

«CENIT» OFRECE A SUS LECTORES LOS LIBROS SIGUIENTES

Economía Federal, Alaiz	0,50 frs.
Educación e instrucción	6,00 »
Educación (La), Guyau	6,00 »
Edad del hombre (La)	11,50 »
Elementos de psicología	6,00 »
Emigrados (Los)	4,50 »
Empecinado (El)	2,50 »
Embrujo de Sevilla (El)	4,00 »
Entre dos mundos	11,00 »
Ensayos escogidos	2,80 »
Embajadas (Las)	9,50 »
Enfermedades, su origen y su curación.	0,50 »
En familia	3,50 »
Ensayo y autobiografía de Pasternac	5,00 »
En el país de los Kibutzs	10,00 »
Encrucijadas, Botella	8,24 »
Entre campesinos, Malatesta	1,50 »
Eneida (La), Virgilio	6,00 »
Encadenamiento de las ideas	6,00 »
En Marcha, Roosevelt	3,00 »
Entre la revolución y las trincheras	0,50 »
Energía atómica	0,50 »
En torno al catecismo, Unamuno	4,50 »
Enfermedades de la mujer (Las)	1,00 »
Enseñanza laica, Cano Ruiz	1,50 »
Erótica en el matrimonio (La)	4,00 »
España en la ruta por su libertad	2,50 »
España 1963	1,00 »
Estudios literarios, Mauriac	3,00 »
Estebanillo González	5,00 »
Estudios filosóficos, Schopenahuer	2,00 »
Escarceos sobre China	10,50 »
España hoy	35,00 »
Escenas de la vida bohemia	2,00 »
Esclavitud Moderna (La)	2,00 »
Estuche de Nacar (El)	2,00 »
Estampas del Exilio en América	1,50 »
Estado y Anarcosindicalismo	1,50 »
Espejo de la muerte (El)	4,50 »
España, colonia de su ejército	1,00 »
España Arida de Alais	0,50 »
Escuela Maderna	1,50 »
Esquema del Universo	4,50 »
Esa Chica de Hagen	4,50 »
Estrellas miran hacia bajo (Las)	13,00 »
Escritores Iberoamericanos	8,00 »
Estudiantes Sofistas y Pícaros	3,00 »
Estafeta Romántica (La)	2,50 »
Equipaje del Rey José (El)	2,50 »
Estudios literarios, Menéndez	4,00 »
En mi hambre mando yo, Palencia	10,00 »
En vano	2,50 »
En torno a nuestros objetivos, Santillán	1,00 »
Episodios nacionales, Celaya	2,70 »
Ernesto, Castelar	4,50 »
España sin rey	2,50 »
Epistolario de Mendes, Queiroz	4,50 »
Eugenio Grandet	4,00 »
Eva futura, Isle d'Adam	2,00 »
Evasión, Mansfiel	5,00 »
Evolución de las ciencias biológicas	13,00 »
Exodo (El)	2,00 »
Extranjeros en la Isla	2,00 »
Exceso de población y problema sexual	1,20 »
Excursión reclusiana por la España fluvial, Alaiz	0,50 »
Una hija de las nieves, London	6,00 »
Una ciudad flotante	2,00 »
Una vida por un ideal, Souchy	2,50 »
«Universo» (revista)	0,50 »
Utilitarismo y Libertad, S. Mill	6,00 »
Utopía, Moro	4,50 »
Una mexicana en la guerra de España	2,50 »
Vampiresa (La)	2,00 »
Vaso de lágrimas	3,50 »
Veleidades de la fortuna (Las)	4,30 »
Vergara, Galdós	2,50 »
Veinte años de luchas	6,00 »
Veinte mil leguas, Verne	4,00 »
Verdades de todas horas, Esgleas	1,00 »
Verbo de admonición y de combate, Vargas Vila	4,00 »
Verharen	2,00 »
Viaje al Congo	6,00 »
Vida sindicalista, Ferrer	0,50 »
Vida del Congo, Gide	6,00 »
Vives, Lenge	5,00 »
Vida bohemia, Murger	2,00 »
Vida en flor, A. France	2,00 »
Vida de Rabelais, A. France	2,00 »
Vida e historia, Marañón	4,50 »
Vida y muerte de Trotzki	5,50 »
Viajes de Gulliver	3,00 »
Visiones y comentarios, Unamuno	4,50 »
Viejos y jóvenes, Unamuno	4,50 »
Voluntario realista (Un)	2,50 »
Voz de la sangre (La)	0,50 »
Vuelta al mundo (La)	2,50 »

10 % de descuento a partir de 10 frs.

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)